

Pedro Mairal

EL AÑO DEL DESIERTO

Edición

Susan Hallstead - Juan Pablo Dabove

☞ - STOCKCERO - ☞

© Pedro Mairal - 2005.
Foreword, bibliography & notes © Susan Hallstead - Juan Pablo
Dabove
of this edition © Stockcero 2012
1st. Stockcero edition: 2012

ISBN: 978-1-934768-59-4

Library of Congress Control Number: 2012954361

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

ÍNDICE

Introducción	vii
I. <i>La Intemperie</i>	vii
II. <i>La novela como alegoría nacional</i>	xii
III. <i>La selva espesa de lo real</i>	xviii
IV. <i>La lección del maestro: Cortázar y Borges</i>	xxi
V. <i>El desierto</i>	xxv
VI. <i>El viaje</i>	xxvii
VII. <i>El «idioma» de los argentinos</i>	xxxi
VIII. <i>Bibliografía de Pedro Mairal</i>	xxxiii

EL AÑO DEL DESIERTO

Mapas	1
Suárez & Baitos.....	3
Como un fuerte	43
Un mismo cuerpo.....	79
El cometa	103
Ocean Bar	141
La Peregrina	191
Chacal mai.....	237
Ú	265
En silencio	295

INTRODUCCIÓN

JUAN PABLO DABOVE - SUSAN HALLSTEAD
UNIVERSITY OF COLORADO BOULDER

I. LA INTEMPERIE¹

El año del desierto fue publicada en Buenos Aires en el año 2005. Es la historia de un año en la vida de María Valdés Neylan, narrado por ella misma desde algún lugar de Irlanda o Inglaterra, cinco largos años después de los hechos que la obligaron a abandonar Argentina. *El año del desierto* participa de las cualidades de la novela fantástica (o extraña, dado que la determinación del elemento sobrenatural es, cuando menos, problemática), de la pesadilla, y de la alegoría de índole política o cultural. Como en las novelas de Franz Kafka, esta pluralidad de sentidos es indiscernible y se combina con una narración de *tono* decididamente realista, cuyo rasgo más notorio es una profunda inmersión en la densidad material y cultural del mundo narrado. En esa ambigüedad y en esa hibridez radica gran parte del poder de la novela. Las páginas que siguen tratarán de proveer algunas direcciones para acceder a ella².

La novela narra una triple disolución o ruina. Por una parte,

-
- 1 Quisiéramos agradecer a Pablo Agrest, de Stockcero, por su paciencia, entusiasmo y profesionalismo. A Pedro Mairal, por su enorme generosidad intelectual. Ha sido un placer trabajar con ellos, y esta edición es mucho más rica gracias a ellos. La responsabilidad por los errores y omisiones que esta edición contenga es, desde luego, enteramente nuestra. Asimismo, quisiéramos agradecer a Peter Elmore que fue quien nos hizo conocer la novela y a Mary Berg, quien nos puso inicialmente en contacto con Stockcero.
 - 2 Esta edición anotada tiene un destinatario específico (pero no exclusivo): estudiantes y profesores de licenciatura, maestría o doctorado, no necesariamente argentinos, y no necesariamente hispanohablantes. Dado ello, las notas que acompañan el texto caen dentro de tres rúbricas generales: (1) lingüísticas y léxicas; (2) histórico-culturales; y (3) intertextuales (en particular literarias). Algunas de las notas (sobre todo las lingüísticas y léxicas) pueden ser innecesarias o redundantes para un/a argentino/a. Sin embargo, confiamos en que serán de utilidad para una persona no familiarizada con la historia y la cultura argentina.

narra la disolución de la conciencia (y de la trama vital) de la narradora. Por otra, narra la disolución (literal) de una ciudad, Buenos Aires. Finalmente, narra la disolución de una nación (Argentina), de la cual las dos identidades anteriores eran una función. (Como se anota mas adelante, María representa una cierta «idea» del sujeto argentino, y Buenos Aires, una cierta idea del lugar de Argentina en la historia y la geografía cultural de Occidente). El agente de esta disolución es la Intemperie (la novela no lo escribe con mayúscula, pero nosotros lo haremos a lo largo de esta introducción, para enfatizar su ambigua naturaleza). Pero ¿qué es la Intemperie? La novela no provee ninguna definición. No sabemos si es un fenómeno natural, o sobrenatural, o el instrumento de algún designio maligno. Sólo se constatan sus efectos: la gradual (pero acelerada) degradación de los edificios, de las calles, de todo rastro de habitación o de trabajo humanos; su desaparición final y su remplazo por una naturaleza fuera de cauce (los procesos orgánicos —el crecimiento de las plantas, de los hongos, la actuación de las bacterias en la descomposición de la materia— ocurren mucho más rápido de lo normal). Nunca «vemos» la Intemperie: la transformación está por ocurrir, o ya ha ocurrido. No sabemos cuándo, cómo o por qué comenzó. No sabemos nunca si hay un agente detrás del fenómeno, como sí ocurre, por ejemplo, en otras dos narrativas apocalípticas argentinas. En *El Eternauta* (1957-1959), la celebre historieta de Héctor Germán Oesterheld (con la que la novela, sospechamos, tiene más de un punto de contacto), detrás de la nieve mortal que cae sobre Buenos Aires están los «Ellos». En «La lluvia de fuego», el cuento de Leopoldo Lugones (recogido en *Las fuerzas extrañas* en 1906), detrás de la lluvia de cobre incandescente que destruye Gomorra está Dios. Aunque el protagonista/narrador nunca llegue a saberlo en vida, el lector lo sabe de antemano. En *El año*, tampoco sabemos por qué (o si) la Intemperie afecta sólo a Argentina —aunque la lectura alegórica que ensayaremos luego provee una explicación al respecto. Sólo sabemos que la Intemperie viene (el verbo — como todo verbo personal aplicado

a la Intemperie supone hipostasiar el fenómeno, lo cual es probablemente erróneo) desde el fondo de la pampa y que rodea y avanza sobre el centro de la ciudad. Por la Intemperie, la ciudad va desapareciendo y el desierto va reconquistando lo que, entendemos luego, fuera desde siempre suyo. (Uno de los epígrafes posibles de la novela —que luego Mairal descartó— era una línea de Santiago Vega «¿Y si la ciudad fuese una gran pradera?» de Santiago Vega). La Intemperie es aceptada por los habitantes de Buenos Aires con una mezcla de temor, fatalismo y naturalidad, como las «cosas raras» (emblema de la pérdida de transparencia de lo social) de las que hablaba Luisa Valenzuela en su cuento de 1975)³.

La novela empieza *in media res*. El comienzo del relato nos arroja en una Buenos Aires ya fatalmente golpeada por el avance de la Intemperie. Y los efectos de la Intemperie no son solamente físicos. El avance de la Intemperie afecta primero a las zonas exteriores del Gran Buenos Aires (las «orillas») y genera una suerte de guerra civil entre los habitantes de la provincia de Buenos Aires («la Provi») que migran *en masse* a la Capital, y los habitantes de la Capital, que resisten la «invasión». Como veremos luego, este conflicto condensa los conflictos políticos, clasistas y raciales de la historia poscolonial argentina. Pero este conflicto es quizás también un modo de «humanizar» (y así exorcizar) un fenómeno que no sólo parece ser de origen no humano, sino que destruye lo humano: no a los humanos (la Intemperie *per se* no mata a nadie) sino toda huella de la cultura que define a lo humano *qua* humano (objetos, medios de transporte, instituciones), y en particular, la obra máxima de lo humano, la más compleja y la que condensa a todas, la ciudad.

Quizás uno de los aciertos literarios más notables de la novela es que los personajes, incluyendo a María, no comprenden nunca lo que el lector tempranamente comprende: que la Intemperie es

3 Luisa Valenzuela aludía a la violencia política de derecha semi-clandestina (oficialmente negada, y por tanto «inexistente»), en su transición de cuerpos parapoliticales más o menos informales (la Alianza Anticomunista Argentina, o Triple A) al terrorismo de estado, centralmente organizado (y, así como María habla de la invasión de la Provi, la narradora de «Aquí pasan cosas raras» habla de «los muchachos que vienen de tierra adentro», en conexión a las «cosas raras» que están ocurriendo). *El año* hace numerosas alusiones (algunas de las cuales indicamos en las notas) al mismo fenómeno, como parte del fenómeno más amplio de la violencia política que dominó argentina entre los años cincuenta y los ochenta.

imparable. Por eso hay reacciones como las «Marchas contra la intemperie», o la elaboración de hipótesis conspirativas (cuyo objeto siempre es el Gobierno, a quien se acusa alternativamente de negar y de exagerar la Intemperie), y sobre todo, el desesperado intento de establecer rutinas en una situación que, por definición, hace imposible esa empresa. Varios de los cuentos de Adolfo Bioy Casares (en particular «El calamar opta por su tinta», que también narra un apocalipsis) están predicados sobre esta «imposibilidad cognitiva». Por el contrario, quizás el mejor cuento de tema apocalíptico jamás escrito en Argentina, «La lluvia de fuego», está predicado sobre la actitud opuesta. El narrador protagonista pronto comprende que el fin de Gomorra (en el cuento, una notoria metáfora del Buenos Aires finisecular) es inevitable, y que él no podrá escapar. En vez de suicidarse de inmediato (tiene los medios para hacerlo y tiene la disposición ética y anímica), decide esperar, para contemplar tanto como le sea posible (es un erudito y un esteta, a fin de cuentas), el advenimiento del Fin.

Pero la Intemperie tiene otro efecto, más decisivo. A medida que el desierto (el sentido de este término será aclarado más tarde) avanza sobre la ciudad, la sociedad que precariamente se sostiene en una grilla urbana en disminución va «involucionando». Literalmente: Argentina va desandando los pasos de su multiseccular desarrollo. En la novela, la cronología narrativa avanza (un año, desde el principio al final de la novela), pero la Historia insensiblemente «retrocede» desde el tumultuoso comienzo del siglo XXI a un amanecer extrañamente reminiscente de otro del siglo XVI, cuando los conquistadores españoles llegan al Río de la Plata. En ese final (que es un eco del principio) unos barcos de vela avizoran, por última vez, la costa baja y desolada dónde ya no estaba Buenos Aires. María escapa de un lugar que ya no (todavía no) se llamaba Argentina. Este «retroceso» no es, o no es experimentado como sobrenatural. Los personajes experimentan este proceso como el efecto múltiple y verosímil de la disolución de los lazos sociales y la degradación de las condiciones materiales que provocan

el paso de una sociedad moderna (o posmoderna) a una sociedad nómada; el paso de una sofisticada división social del trabajo, a una horda que retorna al canibalismo, al bandolerismo, y al *homo homini lupus*, el estado original de guerra de todos contra todos⁴.

María es testigo, víctima y narradora de este proceso. Al comienzo de la novela, su vida es de una incomparable trivialidad. Es una chica urbana, argentina pero de ancestros inmigrantes (su pelo rojo atestigua la sangre irlandesa que le viene por línea materna). Es miembro de la clase media argentina en declive. Sus máximas aspiraciones son un vestido que ve en una vidriera y que probablemente nunca podrá comprar (el vestido es un leitmotiv en la obra, de sentido no del todo claro), y un novio que representa, desde el punto de vista de la clase media argentina, un obvio descenso social: Alejandro es de piel oscura («morocho»), de clase media baja, no tiene educación y trabaja de repartidor de paquetes en moto. Como tantas jóvenes de su clase y su generación, sus aspiraciones de educación superior debieron ser postergadas o canceladas por la crisis económica crónica que afectó Argentina en el último cuarto del siglo XX. María tiene que salir a trabajar para mantener a su padre desempleado, depresivo, víctima él mismo, como tantos de su clase y su generación, de la desaparición de la industria argentina. Su pelo rojo, su «buena presencia» (el eufemismo de los empleadores argentinos cuando

4 El uso del léxico positivista («involución», «desarrollo») es anacrónico y ciertamente, no es una indicación de un supuesto credo positivista de Mairal. Sin embargo, es descriptivo, a dos niveles: (1) El proyecto nacional argentino (y la incorporación de Argentina a la economía y la cultura del occidente capitalista), articulado a mediados del siglo XIX por los intelectuales liberales de la Generación del '37 en adelante, se formuló a partir de una noción evolutiva de la historia (según la cual las sociedades evolucionaban de lo simple a lo complejo, de la tribu nómada sin estado y sin agricultura, a la horda bárbara, a la sociedad urbana agro-industrial) y monista (creencia según la cual todas las sociedades del mundo recorrerían un patrón de evolución básicamente similar —el monismo es lo que permitió que las sociedades del Atlántico Norte, dominantes en el siglo XIX, se postularan como la culminación de la evolución humana, y definirían su tarea como la de llevar a las sociedades atrasadas en la vía de la evolución). Esta imagen de la historia, en el siglo XX, se despojó de la arquitectura intelectual positivista, y se recicló como ideología desarrollista primero, y neoliberal luego.; (2) la desintegración de la sociedad argentina, tal como la novela la narra, recorre de manera inversa los tres estadios «clásicos» de la teoría de la evolución social, donde cada sociedad resultante es más «primitiva» porque es más simple: cualquier semblanza de organización supraterritorial, supracomunitaria va desapareciendo, hasta llegar a los U, que son una comunidad reducida a su mínima expresión, al seno de la cual la narradora, sin embargo, *goes native* y encuentra una precaria felicidad.

quieren contratar a mujeres atractivas) y sus moderadas capacidades como secretaria le aseguran un puesto como recepcionista en Suárez & Baitos, una compañía financiera porteña. La Intemperie, sin embargo, reserva para María una serie de destinos que nunca hubiera imaginado: lavandera, fabricante de velas, basurera, enfermera, sirvienta, prostituta, cantante, asesina, labradora en condiciones de semi-servidumbre, maestra rural, cautiva, esclava sexual, esposa de un indígena «Ú», aterrador emblema de la peste roja en las guerras de los «Ú». En el proceso, María pierde a su familia, a su novio, a sus amigas, su sentido de identidad y finalmente sus dos lenguajes (inglés y castellano), lenguajes que trabajosamente recupera años después.

María no es particularmente valiente, no es particularmente inteligente, no es particularmente apasionada. Quizás su única virtud sobresaliente es su capacidad de adaptación y su incomparable resistencia para sobrellevar situaciones traumáticas. Pero es precisamente esa falta de un rasgo distintivo la que convierte su historia en representativa (bajo el modo de la alegoría) del destino de la Nación. María (cuyo nombre es, no por casualidad, el de la protagonista de *La cautiva*, de Esteban Echeverría) es trivial, pero por ello mismo es un sujeto «modélico» de las aspiraciones (y de las limitaciones) del proyecto nacional argentino. El modo en que en María se «encarna» un relato de crisis o de catástrofe es el objetivo de la siguiente sección.

II. LA NOVELA COMO ALEGORÍA NACIONAL

Decía Jorge Luis Borges en 1927: «Vivimos una hora de promisión. Mil novecientos veintisiete: gran víspera argentina» («El idioma de los argentinos» 149). Y confiaba en «la más íntima posesión de todos nosotros [los argentinos]: el porvenir, el gran pasado mañana argentino» («El idioma de los argentinos» 143). Cincuenta, sesenta, setenta años después, estas afirmaciones eran

poco menos que incomprensibles. Argentina era en 1927 uno de los países más ricos, más educados, más socialmente homogéneos e integrados del hemisferio, y probablemente del mundo. Pero las brillantes perspectivas de las primeras décadas del siglo XX no dieron el fruto prometido. A partir de la interrupción del orden institucional en 1930 (el golpe militar de José Félix Uriburu: el primero de una larga serie de golpes militares que marcarían la turbulenta historia política del siglo XX argentino) y de la decadencia del modelo de crecimiento basado en el desarrollo de la economía de exportación de insumos agropecuarios⁵, la experiencia colectiva de lo nacional argentino se ha definido, primero, a partir de lo que podríamos llamar una «narrativa de crisis» (1930-1975), y luego una «narrativa de fracaso» (1975-2001).⁶ La narrativa de fracaso podría definirse como una especie de excepcionalismo argentino a la inversa, a partir de la clara percepción colectiva de que Argentina, caso inédito en la historia moderna, había pasado del «primer» al «tercer» mundo, que el proyecto decimonónico había fracasado, y que los mejores días de Argentina estaban en el pasado.

La larga «crisis» argentina (1930-2003) tuvo manifestaciones diversas, no siempre concurrentes. Resumir el proceso excede los objetivos de este trabajo⁷. Baste decir dos cosas. Como la Intemperie, la crisis se convirtió en una hipóstasis: la Crisis dejó de ser un proceso, o el atributo de un proceso, y se convirtió en un sujeto: «la Crisis», con su propia identidad y *tempo*. Asimismo, ésta fue una crisis de signo plural. Fue, (1) una crisis institucional (con repetidos golpes militares, y más en general, con el establecimiento de una cultura autoritaria a todos los niveles de lo social); (2) una crisis de legitimidad (con gobiernos civiles débiles, incapaces de canalizar la conflictividad social, predicados sobre la exclusión del proceso político de sectores mayoritarios –radicales en los años

5 Decadencia revertida en la primera década del siglo XXI, con el aumento sostenido del precio de los productos primarios de exportación, en particular, la soja.

6 Las fechas que damos son del todo tentativas, desde luego.

7 La bibliografía sobre el tema es vastísima. Una presentación accesible, actualizada y rigurosa se encuentra en la serie *Historia de la Argentina* publicada por la editorial Siglo XXI. La serie cubre toda la historia argentina, pero para el período recomendamos, en particular, los volúmenes *1916-1955* de Alejandro Cattaruzza y *1955-2010*, de Marcos Novaro, como asimismo *Historia económica de la Argentina en el siglo XX* de Juan Carlos Korol y Claudio Belini.

EL AÑO DEL DESIERTO

MAPAS

Divido el pelo en cuatro mechones, cruzo los dos centrales y los aparto al medio en dos pares. Entonces empiezo la trenza. El mechón de la derecha pasa al medio por encima del mechón de al lado; el de la izquierda pasa al medio, pero lo hace por abajo del mechón de al lado y por encima del recién cruzado. Voy explicándola a medida que avanzo. Repito los movimientos una y otra vez hasta llegar a las puntas, hasta que queda una trenza chata con una fila de cuadraditos en medio. Ellas me piden que les enseñe otras trenzas, pero tienen que seguir estudiando y yo tengo que ordenar los libros en los estantes.

Suena el timbre de las doce y la biblioteca queda vacía. Termino de guardar los libros, pongo bien las sillas y voy al cuarto de la mapoteca. Despliego los mapas viejos sobre la mesa, miro los lugares, los nombres, las avenidas. Recorro con el dedo las estaciones de tren y las calles, trato de acordarme de algunas esquinas, algunas cuadras¹ o plazas de esa grilla enorme, inexistente. Las calles de la ciudad donde ahora vivo son menos ordenadas y geométricas, parecen un enredo, algo que fue creciendo de un modo irregular alrededor de catedrales y castillos, como muchas otras ciudades europeas.

Este trabajo me gusta. Me gusta el silencio. Estuve cinco años en silencio, hasta que las palabras volvieron, primero en inglés, de a poco, después en castellano, de golpe, en frases y tonos que me traen de vuelta caras y diálogos. A veces tengo que encerrarme acá para hablar sin que me vean, sin que me oigan, tengo

1 *Cuadra*: Espacio de una calle comprendido entre dos esquinas; lado de una manzana (*Diccionario de la Real Academia Española*, de aquí en adelante abreviado como DRAE).

que decir frases que había perdido y que ahora reaparecen y me ayudan a cubrir el pastizal,² a superponer la luz de mi lengua natal sobre esta luz traducida donde respiro cada día. Y es como volver sin moverme, volver en castellano, entrar de nuevo a casa. Eso no se deshizo, no se perdió; el desierto³ no me comió la lengua. Ellos están conmigo si los nombro, incluso las Marías que yo fui, las que tuve que ser, que logré ser, que pude ser. Las agrupo en mi sueño donde todo está a salvo todavía.

El silencio de la biblioteca parece estar fuera del tiempo. Acá las cosas no cambian. Sólo el clima, que en los días de lluvia me hace doler la pierna y hace que la renguera⁴ se me note un poco más. Las chicas me bautizaron *the pirate* («la pirata» o, quizá con más crueldad, «el pirata»), pero se cuidan de decirlo delante de mí.

Últimamente estoy teniendo un mismo sueño: me pruebo ante el espejo del local el vestido azul que nunca pude comprar. A veces, lo pago con billetes y salgo caminando entre la gente con el vestido puesto; otras veces, no lo pago y salgo corriendo, descalza. A los pocos pasos, descubro que el vestido está todo desgarrado y sucio. Pero siempre tengo la pierna sana en el sueño, y tengo el pelo largo y la ciudad donde nací sigue estando en su lugar.

2 *Pastizal*: Terreno vacío, sin construcciones, ni árboles, donde hay solamente pasto (hierba, maleza) y arbustos bajos.

3 *Desierto*: Para la noción de «desierto» en la cultura argentina (y latinoamericana), ver «Introducción».

4 *Renguera*: Cojera. *Rengo*: cojo.

SUÁREZ & BAITOS

Era mi último viaje en tren a Capital.⁵ Cuando arrancamos en la estación de Beccar,⁶ el aire tibio de verano empezó a entrar por las ventanas rotas. No pude leer el libro de Hawthorne que llevaba en el bolso. Miré pasar las estaciones como si viera todo por última vez: San Isidro, Acassuso, Martínez, los árboles enormes, mi colegio, los jardines abandonados, La Lucila, Olivos, los depósitos, Vicente López, Rivadavia, los playones de los supermercados; después Núñez, Belgrano, los caserones antiguos, Lisandro de la Torre, los caballos vareándose en las pistas laterales del hipódromo, las canchas de tenis, los edificios altos,⁷ y la llegada cada vez más lenta hasta Retiro.

En el Bajo podía tomarme un colectivo⁸ —eran diez cuadras hasta Suárez & Baitos— pero preferí caminar, a pesar del calor. Subí por Reconquista, por las cuadras llenas de puestos de comida rápida, donde surgieron tiempo después tantos prostíbulos, donde Catalina y yo tuvimos que buscar a Benedicta, entre *cafishos*,⁹ enanos y olor a frito. Había poca gente por la calle. Ya estábamos en el segundo día de enero y muchos se habían ido de vacaciones.

Entrar en el aire acondicionado del edificio fue un alivio. Me arreglé frente al espejo del ascensor. Cuando se abrieron las puertas, vi una guirnalda sobre mi monitor. Se habían acordado de mi cum-

5 *Capital*: Buenos Aires, capital federal de Argentina.

6 *Beccar*: Para esta y subsecuentes localidades, ver en la introducción el apartado sobre las referencias geográficas.

7 *Edificio alto*: Rascacielos, torre de apartamentos.

8 *Colectivo*: (Argentina) autobús.

9 *Cafisho*: (Argentina/ Uruguay) hombre que se dedica a regularizar y promover la prostitución de mujeres (DRAE). El *cafisho* a la vez protege (de la policía, de los propios clientes) y explota (apropiando sus ganancias) «sus» prostitutas. La relación *cafisho* / prostituta puede ser voluntaria, coercitiva, o (como en el caso de la novela) estar en una zona intermedia.

pleaños. También encontré una nota pegada en la pantalla. Yo era la única de las secretarías que tenía todavía una computadora en su escritorio. Aunque ya no funcionara el sistema informático, había que aparentar que seguíamos usando la última tecnología. Cuando entraba un cliente, yo simulaba que tipeaba algo en el teclado. En realidad todo eso estaba muerto hacía varios meses.

Suárez & Baitos era una compañía de inversión fundada por dos economistas de cuarenta años que habían sido muy amigos. Las oficinas estaban en los últimos pisos de la Torre Garay,¹⁰ sobre la calle Reconquista, a unas cuadras de la Plaza de Mayo. Lo primero que veían los clientes al salir del ascensor era mi cara detrás del escritorio y eso me obligaba a llegar temprano, estar siempre prolija, discreta y apenas maquillada. Teníamos un *tailleur*¹¹ azul de uniforme que me quedaba bien. Los hombres de traje y corbata me miraban y las demás secretarías me tenían algo de envidia. Una vez las escuché decir en voz baja «es puro pelo» y, cuando me vieron, cambiaron de tema. De algunas puedo decir que éramos amigas; a veces íbamos a almorzar juntas a las Galerías Pacífico¹² o a los bares irlandeses de la zona. Pero no pasaba de ahí.

La nota pegada en la pantalla decía «Feliz cumple Mery. Pasé temprano, te llamo a las 11». Era de Alejandro; así me llamaba él: «Mery», y así escribía mi nombre. A veces venía hasta la recepción a dejar paquetes para la compañía, y las chicas pasaban curiosas, como yendo a otro piso, pero queriendo, en realidad, comprobar que Alejandro fuera mi novio. Les costaba creer que yo saliera con un motoquero¹³ que hacía mensajería, cuando

10 Torre Garay: El nombre del edificio no es, como se verá, insignificante, por razones que se comprenderán sobre el final de la novela. Juan De Garay (1528-1583) fue el conquistador español a cargo de la segunda fundación de Buenos Aires, en 1580.

11 *Tauilleur*: Conjunto de vestir de dos piezas (saco y pantalón o saco y pollera). En este caso, es el uniforme de las empleadas, provisto por Suárez & Baitos para enfatizar el prestigio de la institución financiera.

12 *Las Galerías Pacífico*: Centro comercial (un *shopping*) ubicado en las calles Florida y Córdoba en la ciudad de Buenos Aires. Su restauración a principio de los años noventa fue uno de los símbolos (junto con la restauración de Puerto Madero y del mercado de Abasto) de la «nueva ciudad» neoliberal auspiciada por la administración del presidente Carlos Saúl Menem Suárez & Baitos, por su parte, representa el *ethos* neoliberal.

13 *Motoquero*: Motociclista. En particular, una persona que hace de la motocicleta un estilo o un medio de vida (este es caso de Alejandro, que es repartidor de cartas y paquetes en motocicleta en una mensajería—empresa que se especializa en la distribución de cartas y paquetes)

podía quizá seducir a alguno de los tantos hombres de corbata que me rondaban. A mí me gustaba que eso las sorprendiera.

Alejandro era tan buen mozo¹⁴ que las chicas se inquietaban cuando subían con él en el ascensor. No era carilindo. Tenía ojos claros y era morocho,¹⁵ con rasgos fuertes. Se parecía un poco al actor Benicio Del Toro, parecía un tipo duro, pero era buenísimo, muy callado. Cada tanto me miraba como si estuviera a punto de decirme algo, y no decía nada, sonreía, y la cara se le transformaba, despejando el gesto huraño¹⁶, introvertido. La primera vez que me invitó a almorzar me puse violeta, le dije que no podía y traté de ignorarlo como una estúpida. A él también le dio un poco de vergüenza, pero igual otro día se volvió a animar y fuimos a un restorán del Bajo. La mañana de mi cumpleaños, ya hacía casi tres meses que salíamos.

A las once me llamó desde un teléfono público; se oían los autos detrás.

—Abrí el primer cajón, te escondí algo.

—¿Qué?

—Abrí el primer cajón de tu escritorio, dale que se va a cortar y no tengo más monedas.

Adentro encontré una bolsita de terciopelo. La abrí y saqué un anillo de plata con una piedra aguamarina ovalada que habíamos visto el fin de semana en la feria del Parque Centenario. Me lo puse y le agradecí. Me encantaba ese anillo. Lo perdí ese año en los éxodos, cruzando a nado un arroyo.

—¿Pasás hoy? —le pregunté.

—A las seis no puedo, encontrémonos a las siete en el bar de Cerrito y Sarmiento¹⁷.

Yo me acordé de que él quería ir a la marcha contra la intemperie que se iba a hacer esa tarde en Plaza de Mayo.

—¿Vas a ir?

14 *Buen mozo*: Atractivo, hermoso. La palabra «mozo» aislada, suele referir en Argentina al camarero de un bar o un restaurante (y así es usada en otros momentos de la novela).

15 *Morocho*: De piel oscura.

16 *Huraño*: Poco sociable.

17 Cerrito y Sarmiento: Nombres de dos calles céntricas de la ciudad de Buenos Aires. La localización del encuentro no es casual. El bar donde Alejandro cita a María está a una cuadra del Obelisco, el edificio icónico de la ciudad de Buenos Aires, y centro simbólico (no geográfico) de la misma, al estilo de Picadilly Circus para Londres o Times Square para Nueva York. Ver «Introducción».

—Sí —me dijo.

Nos quedamos callados un segundo. Él me había querido convencer de que lo acompañara, que no iba a pasar nada; yo lo había querido convencer de que no fuera porque era peligroso; al final, sin decirlo, habíamos llegado a un acuerdo: cada uno dejaba al otro hacer lo que quería.

—Tené cuidado, Ale.

—Sí, nos vemos a las siete. ¿Se mudan mañana? —me preguntó y, cuando le dije que sí, se cortó y no supe si me había oído.

El día pasó un poco más tranquilo que de costumbre. La gente llamaba resignada a que les dijeran que tal o cual asesor no estaba, que seguía de vacaciones; ya no tenían el apuro histérico de antes. Nadie corría con circulares del Banco Central¹⁸, ni por feriados bancarios sorpresivos. La música del juego de la silla se había cortado hacía rato. Sonaba el teléfono, pero no tanto. Yo podía operar con varios llamados a la vez, contestando en castellano o en inglés. Hacía bien mi trabajo, usaba uno de esos *head-phones* para atender sin manos. A veces me daban algo para traducir y lo iba haciendo entre llamado y llamado, pero ahora iba más lento porque tenía que usar la máquina de escribir eléctrica, una IBM verde que parecía un tanque. Tuvimos que acostumbrarnos a escribir primero a mano para poder corregir todo el texto y después recién pasarlo porque si cometías un solo error tenías que empezar todo de nuevo. La única ventaja que les veíamos a esas máquinas era que, al menos, no se colgaban para siempre como las computadoras, llevándose a la tumba de los electrodomésticos toda la memoria de la vida. Como no teníamos más e-mail, hacíamos nosotras mismas el correo interno y así empezamos a vernos otra vez las caras. La gente hablaba más en los pasillos, circulaba, saludaba más. Se notaba que había menos trabajo. Decían que las cosas no estaban bien entre los socios, se rumoreaba muy por lo bajo que Baitos podía llegar a asimilar a Suárez.

A las cuatro llamó papá para decirme que había «disturbios» en el centro, que me volviera temprano. Le dije que iba a ir al cine

18 *Circulares del Banco Central*: Anuncios oficiales realizados por el Banco Central de la República Argentina, de naturaleza monetaria o financiera. Las «circulares» adquirieron notoriedad pública en Argentina (notoriedad que aún perdura) durante las turbulencias económico-financieras del período 1975-2001.

con Alejandro y que íbamos para el otro lado, que no se preocupara. Me lo imaginé ahí sentado, con el televisor encendido, entre las cajas y los canastos ya embalados¹⁹ para mudarnos al día siguiente. Papá dormía y veía televisión todo el día, se ponía paranoico porque veía todos los noticieros. Habíamos tenido que suspender el cable y, como el televisor grande no sintonizaba bien los canales abiertos, papá había rescatado del altillo un televisor en blanco y negro, chiquito y rojo, que él le había comprado a mamá los últimos días en el hospital. Lo enchufó y logró sintonizar cuatro canales nacionales. Los canales se cambiaban girando una perilla, pero, de todos modos, papá se quedó con el control remoto del otro televisor en la mano. Apretaba los botones como un tic que no se podía sacar de encima. Cuando se acababa la transmisión, se iba a dormir y no se despertaba hasta que se reanudaba al día siguiente a las once de la mañana. Encaneció, así, en pantuflas y rodeado por ese parpadeo de imágenes y ese fondo de voces y cortinas musicales.

Yo no soportaba ni media hora de televisión. Las emisoras no producían cosas nuevas y estaban recurriendo a los archivos de programas grabados, novelas, películas nacionales; los actores rejuvenecieron, los galanes recuperaron el cabello, y resucitaron los cómicos, las divas volvieron a ser rubias de veinte sin operar, los boxeadores volvieron a pelear, y daban las novelas de mi infancia, *Perla Negra*, *El infiel*, *Más allá del horizonte*.²⁰ Lo bueno es que papá se reía viendo los programas de su época, los chistes sin malas palabras y las películas de escaleras de mármol y conversaciones donde decían frases como «Usted, Martita, nunca volverá a amarme».

A las cinco me cantaron el feliz cumpleaños en la sala grande. Entre todos me regalaron un bolso verde, de playa, muy lindo. Corté la torta de merengue y chocolate que pedíamos siempre a la misma casa de comidas cada vez que alguien de Suárez & Baitos cumplía años. La comimos medio rápido, parados, con vasitos de coca. Por el ventanal se veía el estuario que llegaba hasta

19 *Embalar*: Empaquetar, envolver, preparar para enviar.

20 *Perla...*: Telenovelas populares durante los años ochenta («El infiel») y noventa («Perla negra», «Mas allá del horizonte»).

el horizonte, el puerto con grúas y containers, la dársena norte, los cuatro diques, los demás edificios torre, el pajonal y los camalotes que se habían acumulado en la Costanera Sur y que llamaban la Reserva Ecológica. La altura del piso veinticinco permitía esa mirada geográfica. Era la vista de los hombres poderosos. Por eso habían puesto las salas de reunión hacia ese lado. No era una linda vista, pero parecía perfecta para hacer negocios. Como si fuera un lugar en otro país, lejos del barro nacional, como visto desde un avión. Era la altura de la economía global, de las grandes financieras del aire, donde se establecían a la perfección los contactos telefónicos con las antípodas. Como si, ahí arriba en el mejor oxígeno, en la cima del mundo, pudieran tocarse la punta de los dedos con New York, con Tokio. Eran salas no muy grandes, con tres sillas y un escritorio de madera en medio, con separaciones de vidrio y persianas americanas. No se hablaba fuerte ahí. Eran confesionarios bursátiles, cubículos donde se susurraban las operaciones, las transferencias, los fondos, el perdón de los pecados tributarios. El truco del lugar era la altura, lejos del tercer mundo, el horizonte lejano, diáfano, donde podía verse, en los días más claros, la orilla de enfrente, la salvación *off shore*, el Uruguay, la ciudad de Colonia del Sacramento²¹.

Un rato antes de salir, pasó Lorena, una de las secretarias, anunciando por todo el piso que podíamos irnos «porque parece que hay quilombo²²». Siempre que había disturbios en el centro nos dejaban salir más temprano. Alejandro debía estar ahí metido. Me puse unos *jeans* para no llamar la atención por la calle. No me quedaban muy bien, no eran mis Levis buenos, sino unos Tex que me había comprado en el Carrefour cerca de casa porque

21 *Colonia del Sacramento*: Ciudad capital del departamento de Colonia en Uruguay. Está frente a Buenos Aires, cruzando el Río de la Plata. Fue una antigua colonia portuguesa (en el marco de la competencia entre las coronas portuguesa y española por el dominio de la cuenca del Río de la Plata). Actualmente es un destino turístico de cierta importancia. Uruguay ha sido, sobre todo desde el comienzo de las turbulencias financieras en Argentina, un destino privilegiado de la fuga de capitales argentinos, de allí la alusión a Uruguay como «la salvación *off shore*».

22 *Quilombo*: Disturbio, caos, desorden. En este caso, situación de violencia.

estaban baratos²³. Los tenía siempre en el cajón de mi escritorio por cualquier urgencia. Traté de escabullirme sin que me vieran, pero justo apareció Baitos y bajó conmigo en el ascensor. Era un ex *rugbier*²⁴ economista, que no trataba de caerme simpático. Tenía una oreja medio machucada²⁵, era retacón²⁶ y peludo²⁷. Cuando entrabas a su oficina, tenías que tener cuidado de no recibir un palazo²⁸ porque estaba distraído, practicando su *swing* de golf.

—¿Cuántos cumpliste? —me preguntó.

—Veintitrés —le dije y no sé si me oyó, porque le estaba echando una miradita a mis *jeans*.

—Ojo en el colectivo —dijo—, recién escuché por radio que en Constitución dieron vuelta un colectivo y lo quemaron.

Me sentí tentada de decirle «Voy en moto», para descolocarlo, pero, al menos esa tarde, no era cierto. Nos quedamos callados hasta planta baja. Cuando se abrieron las puertas, huimos del silencio incómodo y encaramos apurados los molinetes²⁹ con la tarjeta de identificación; mi molinete giró y pasé, pero el de Baitos falló y le pegó en seco. Por el rabillo del ojo lo vi que se doblaba. Saludé a la gente de seguridad y fui hasta la puerta. Él, por fin, logró pasar y fue hacia la cochera donde guardaba su auto que, según decían, era blindado³⁰.

Afuera hacía un calor horrible y lento. El sol todavía picaba en los hombros. Me hubiese gustado que Alejandro me pasara a buscar con la moto como otras veces. Yo me subía y arrancábamos y veía nuestra imagen reflejada en los paneles espejados de la Torre Garay. Mi cara apoyada contra su espalda. Mi pelo volando hacia atrás. Me gustaba ir así. Cerraba los ojos para sentir sola-

23 *Carrefour*: Cadena francesa de supermercados de fuerte presencia en Argentina a partir de los años noventa.

24 *Rugbier*: El rugby (como el polo) son en Argentina deportes con connotaciones socioeconómicas y culturales precisas. A diferencia del fútbol (deporte popular en todas las clases sociales) el rugby es un deporte de clase media / alta y clase alta.

25 *Machucada*: Dañada.

26 *Retacón*: De estatura baja y complexión maciza.

27 *Peludo*: Con mucho pelo.

28 *Palazo*: Golpe fuerte con un palo.

29 *Molinete*: Aparato giratorio que controla la entrada y salida de personas en los subterráneos, en estaciones de tren, o —como en este caso— en la entrada de edificios de acceso público.

30 *Blindado*: Protegido con láminas de metal reforzado.

mente la aceleración que me sacaba de ese lugar, que me alejaba, una fuerza, un movimiento que se mezclaba con mis ganas de fuggarme, de cambiar de aire.

Subí caminando por Sarmiento. La calle estaba alfombrada con volantes. Agarré uno. Decía: «La intemperie que el Gobierno no quiere ver». Tenían fotos de una cuadra antes y después de la intemperie. En el *antes* había casas, una al lado de la otra, y en el *después* se veían sólo los baldíos³¹. Lo tiré por si me agarraban con eso encima. Pasó un tipo³² en cuero³³, usando como tambor un tacho de basura de los de plástico. Para el lado de la Plaza se oía el latido enorme de los bombos³⁴. Como estaba a tres cuabras, no me preocupé mucho, hasta que vi pasar a la montada. Primero oí el repiqueteo de herraduras contra el asfalto y después vi pasar los caballos alazanes al galope. Los policías ya venían amenazando con el látigo. Vi que los otros corrían y corrí hasta la esquina. Pasaban chicos con la cabeza envuelta en una remera, pasaban tipos de corbata con el saco en la mano, eufóricos. Lo de siempre. En cada marcha contra la intemperie pasaba lo mismo. Me apuré hasta Cerrito. Quería encontrarme con Alejandro y nada más. Unos tipos arrastraban carteles de «Hombres trabajando» para hacer una barricada. Otros trataban de romper un vidrio y no podían; los cascotes³⁵ y los pedazos de baldosas rebotaban, haciendo ondular el reflejo como si fuese agua. Se oían frenazos de autos y después explosiones o tiros. Ahí me empecé a asustar. Pasaron más tipos corriendo, y chicas también. Yo me quedé al lado de unos fotógrafos. Pasó un camión hidrante y nos escondimos en la entrada de un edificio pero nos mojaron igual.

Crucé la 9 de Julio y casi me pisa un auto porque algunos iban a contramano o giraban rápido en «u». Corrí hasta el bar. Afuera estaban los mozos de saco blanco que habían salido a la vereda

31 *Baldío*: Terreno no labrado o construido. En este caso, se refiere a un terreno urbano o suburbano abandonado.

32 *Tipo*: Manera informal de referirse a un hombre.

33 *En cuero*: Desnudo. En este caso, con el torso desnudo.

34 *Bombo*: Tambor, timbal de grandes proporciones. Un bombo puede tener varios pies de diámetro, o de profundidad, según el caso, y produce en consecuencia un sonido grave y resonante. El bombo se usa en la música folklórica argentina, pero es el instrumento icónico de las manifestaciones populares, en particular las asociadas con el peronismo.

35 *Cascote*: Fragmento de alguna construcción derribada o arruinada; conjunto de escombros, usado para otras obras nuevas (DRAE). Más en general, piedra suelta.

para mirar. Me conocían de vista, porque nos encontrábamos seguido en ese bar con Alejandro. Uno de ellos agarró un fierro y empezó a decir:

—¡Que vengan, que vengan!

Los otros se rieron. Parecían contentos. Adentro no había nadie. Todavía no eran las siete. Así que me quedé ahí con los mozos, que me miraban de reojo porque yo tenía la musculosa mojada. Vimos pasar a toda velocidad, hacia el lado de la plaza, unos autos con las ventanas abiertas y caños de armas largas que asomaban hacia afuera. Se oían disparos, vidrios, gritos. Me empezaron a picar los ojos y la garganta. Tardé en darme cuenta de que era el gas que ya se estaba esparciendo por todos lados. Les pedí agua a los del bar y me trajeron un vaso, pero no logré sacarme el gusto ácido de la boca y la garganta. Me dijeron que mojara el pañuelo y me tapara para respirar. Eso me mejoró un poco. A media cuadra del bar, un McBurger estaba en llamas. Los mozos bajaron la persiana de metal para evitar problemas. Cuando estaban cerrando la puertita más baja, me invitaron a meterme dentro con ellos; insistieron bastante, diciendo:

—Dale, rubia.

Preferí quedarme afuera. Pasaron dos chicas, una ayudaba a la otra que tenía sangre en la cara. Alejandro no venía y lo odié por haberme hecho meter ahí. Se oyeron más disparos. Me acurrulé detrás de un árbol, frente a un local. Contra las persianas metálicas golpeaban piedras o pedazos de cosas. Yo pensaba: «No tengo nada que ver, no me puede pasar nada, vengo a encontrarme con mi novio». Hasta que vi pasar una camioneta de la policía con un tipo muerto atrás. Algo me pegó cerca y un vidrio, a mi espalda, se rajó con forma de telaraña. Me vi rota en el reflejo, como hecha pedazos. Me acordé de que no había traído el documento³⁶. Entonces escribí en un papelito: «Soy María Valdés Neylan», anoté mi número de documento, la dirección de casa y el teléfono, y me lo guardé en el bolsillo del *jean*. Tenía miedo de que me mataran y que no supieran quién era.

36 *Documento*: Documento Nacional de Identidad (DNI) En Argentina el DNI es emitido por el gobierno nacional, y es de portación obligatoria para todos los habitantes.

Hice el gesto de buscar en el bolso mi teléfono celular para llamar a alguien. A veces me olvidaba de que ya no lo tenía, me quedaba el hábito de tenerlo siempre encima. Escuché un ruido, un galope, y pasó a mi lado un caballo de la montada desbocado³⁷, sin jinete. Alejandro no venía. No sé cuánto tiempo pasó. Pensé en irme. En buscar un baño. Pero no me podía mover. Me quedé ahí en cuclillas, llorando, y me hice pis. Pensé que a Alejandro le había pasado algo, que lo habían llevado preso o que él había llevado a alguien al hospital. No me podía quedar más ahí. Me fui caminando, con una mezcla de pánico y bronca³⁸. Se me debía ver el jean mojado. Quería cambiarme, lavarme la cara, debía tener los ojos hinchados y el maquillaje corrido. Me sentía fea, sucia. Llegué hasta Callao pisando vidrios rotos. Llamé por un teléfono público a lo de Alejandro para ver si estaba ahí, pero no me contestaba nadie. Pasaba gente cargada con fardos³⁹ de ropa nueva, con estéreos, videos, licuadoras⁴⁰. Los dueños de algunos locales estaban armados detrás de las persianas a rombos. En Lavalle me tomé el 60 del Bajo y a las nueve estaba en casa.

Esa noche tuve un sueño largo, sin nadie; sólo veía cosas que parecían vivas, materiales que cambiaban. Unos charcos en una azotea y la lluvia que caía, todo mojado, el agua filtrándose en la estructura de hormigón y adentro el hierro oxidándose, largando chorreaduras negras, hinchándose hasta quebrar la mampostería⁴¹. Veía grietas donde anidaban unas palomas y dejaban semillas que se hacían plantas de raíces expansivas, raíces apretadas que rajaban la losa, arbolitos que se abrían paso en el verdín⁴² de una cornisa. Podía ver un arañazo en la pared descascarada, la junta de los ladrillos lavándose en el aguacero, el ácido del tiempo que arruinaba las capas de pintura, las aureolas del óxido creciendo...

37 *Desbocado*: Fuera de control (dicho de un caballo, y por extensión de una persona).

38 *Bronca*: Enojo, enfado, rabia.

39 *Fardo*: Paquete, envoltorio, bulto.

40 *Pasaba gente...*: Alusión a los saqueos de fines del 2001 motivados por la crisis económica (ver «Introducción»).

41 *Mampostería*: Cubierta de mezcla de yeso para paredes y cielorrasos.

42 *Verdín*: Capa de moho o musgo que aparece en una superficie (una pared, por ejemplo), como efecto de la humedad y de la falta de mantenimiento.

Sonó el despertador. Ya eran las siete y a las ocho venía el camión. Le toqué la puerta a papá para que se despertara. Desde el teléfono de la cocina, volví a llamarlo a Alejandro y me atendió el hermano.

—¿Está Ale, lo viste?

—No, no vino. Pero me llamó a las seis de la mañana.

—¿De dónde te llamó?

—Desde la calle. La policía le confiscó la moto y ahora se iba a ver si la recuperaba.

Me tomé un café y me puse a guardar las últimas cosas, pensando que, al menos, no lo habían metido preso y que andaría por ahí buscando su moto. Guardé el televisor rojo en una caja, donde entraron también unas bandejas y la cafetera eléctrica. Cosas que habían quedado sin vender en la feria americana el fin de semana anterior. Había puesto unas mesas en el patio de adelante. El departamento donde nos íbamos a mudar era más chico que la casa, y no entrábamos con tantos cachivaches⁴³. Papá hizo un gran esfuerzo para no decirme nada, no quería ni ver cuando vacié los placares⁴⁴ de mamá. Se arrimaron algunos curiosos y vendí varios portarretratos, mi ampliadora y unas bateas⁴⁵ para revelar, unas mesitas de jardín, el juego de chimenea, el microondas, algunos adornos y bastante ropa. Me agarré para mí unos vestidos de mamá, con diseños psicodélicos, y unos soleros medio *hippies* que me vinieron bien porque me estaba quedando sin nada que ponerme. Yo tenía su mismo talle. Si hubiese sido por mí, me hubiese mudado con mi cama, mis libros, mis discos de música celta, un poco de ropa y mi sobre de fotos; no necesitaba más que eso. Quedaron muchas cosas que tuvimos que dejar en la casa porque no entraban en el departamento. Era un tres ambientes⁴⁶ en Barrio Norte que había sido de mi abuela Rose y que estaba alquilado desde su muerte hacía varios años. Quedaba casi en la esquina de Peña y Agüero.

Había ido al departamento días atrás para combinar la en-

43 *Cachivaches*: Cosas rotas o descartadas por inútiles. Por extensión, cualquier cosa de valor o utilidad dudosa.

44 *Placar*: (Argentina) armario, generalmente empotrado, donde se guarda ropa y otros objetos (DHA).

45 *Batea*: Recipiente, usualmente más ancho que alto, para depositar líquidos.

46 *Tres ambientes*: Apartamento con tres habitaciones para dormir.

trega con los inquilinos, un matrimonio joven, al que papá y yo llamábamos «los Salas»; él era un tipo prolijo⁴⁷, de anteojos, y ella una gordita contenta que saludaba siempre desde la cocina mientras arreglábamos las cuentas en el comedor con el marido. Pero esta vez los encontré a los dos esperándome en el living, muy asustados. Me dijeron que habían cambiado de idea. Me pidieron por favor que les renovara el contrato porque no tenían dónde ir; nadie les alquilaba nada en Capital. No había lugar. A mí me dio pena pero, a la vez, papá y yo teníamos derecho a vivir ahí porque éramos los dueños. Al final hablaron por teléfono con papá y él los dejó mudarse a nuestra casa en Beccar por un alquiler bastante bajo.

Cuando estuvo todo cargado en el camión de mudanza, papá dio una última recorrida por la casa vacía, para ver si no nos olvidábamos de nada, y cerró la puerta con llave, tragándose cualquier comentario. Seguimos al camión en un remise⁴⁸. No hablamos una palabra hasta que papá le dijo de mal modo al chofer que pasara al camión porque necesitábamos llegar antes.

—Tenemos que avisarle al portero —me dijo excusándose.

Yo creo que lo puso mal lo mismo que a mí: esa lentitud forzada por tener que seguir a otro auto, y nosotros dos en el asiento de atrás, callados... Se parecía al día del entierro de mamá. Por suerte el remisero aceleró. Cerca del Planetario papá dijo:

—Espero que estemos haciendo bien.

A mí me sonó como «Más te vale que no te hayas equivocado». Porque yo lo había convencido de que teníamos que mudarnos. Fue Alejandro quien me advirtió del avance de la intemperie. Me contó que a su amigo Víctor Rojas se le había desmoronado su casa recién construida en Cañuelas. Me dijo que estaba pasando lo mismo en todo ese cinturón del conurbano, por Florencio Varela, La Matanza, Tigre. «Decile a tu viejo que venda la casa. Si sigue así, en noventa días está por tu barrio», me había dicho.

47 *Prolijo*: Arreglado, ordenado.

48 *Remise*: Auto de alquiler. A diferencia del taxi, el remise se contrata sólo por teléfono o en la empresa respectiva (remisería). El remise carece de pintura distintiva (negro y amarillo, por ejemplo es la pintura de los taxis en Buenos Aires), o marcas identificatorias. Usualmente carece de reloj medidor de tiempo / distancia, toda vez que la tarifa se determina por viaje.

Al principio, papá no me quería creer, decía que si no aparecía en la televisión, no era cierto. En algún noticiero se habló del tema, pero no decían la palabra *baldío*, que parecía estar prohibida, decían «área de replanificación». Después se dio cuenta cuando empezaron las publicidades del «Plan de Estabilización de la Vivienda Familiar». Ahí empezó a preocuparse. Anunciaban que se iban a distribuir materiales de construcción de gran durabilidad, pero sólo llegaron unas chapas⁴⁹ que la gente trató de unir con alambre. También repartieron, en camiones cisterna, un líquido viscoso con el que aconsejaban recubrir fachadas y medianeras para evitar la erosión. Papá hizo llenar un tacho grande y revistió las paredes sin ganas, porque se dio cuenta de que no era más que un simple barniz. Cuando quisimos vender la casa, ya era tarde. Nadie compraba propiedades fuera de la Capital.

Cuando llegamos en el remise, unos chicos se abalanzaron para abrirnos la puerta, se pelearon. Nos pedían una moneda, comida. Casi no se podía caminar por la vereda, había gente desesperada por todos lados, gente acampando contra las paredes de los edificios, bajo chapas, cartones, toldos⁵⁰. Los ranchos⁵¹ ocupaban toda la vereda y la gente se sentaba y cocinaba en la calle, tratando de no ponerse en el camino de los autos que pasaban des-pacio para no pisar a nadie.

El camión llegó y empezaron a bajar nuestros muebles a la vereda. Por un rato pareció que nosotros también nos habíamos quedado en la calle. Inquietaba un poco esa transición, el desalojo momentáneo. Parecía que había que hacer las cosas rápido, si no, uno podía quedarse afuera. Los peones de mudanza bajaron del departamento los muebles del matrimonio Salas, los cargaron al camión y subieron los nuestros por el ascensor. Sólo cuando estuvimos dentro y cerré la puerta, pude tranquilizarme un poco.

Iba a llevarnos un tiempo sentirnos cómodos. Yo me agarré el cuarto que había sido de la abuela, y papá armó su cama donde

49 *Chapa*: Hoja o lámina de metal. En el uso en la novela, son chapas corrugadas (onduladas) utilizadas para techos de construcciones.

50 *Toldos*: Pabellón o cubierta de tela que se tiende para hacer sombra (DRAE).

51 *Ranchos*: Habitaciones precarias o temporarias, ya sea en zonas rurales o (como en la novela) en asentamientos irregulares. Tradicionalmente los ranchos eran contruidos con adobe y paja. En los asentamientos urbanos irregulares (*villas miserias*) pueden ser de cartón, chapa o de materiales de construcción de baja calidad.

había sido el escritorio. Pero los muebles parecían estar fuera de lugar, no coincidían con las manchas amarillas que habían dejado en las paredes los muebles de los Salas. Una mesita que en casa quedaba muy bien en la entrada, ahora parecía diminuta en un rincón, desnuda. Daba frío, casi.

Cuando estábamos deshaciendo las valijas, lo vi a papá mirándome emocionado.

—Estás muy parecida a tu mamá. Recién te vi de reojo, así, con ese vestido, y me pareció verla a ella cuando andaba por la casa ordenando.

Pensé que quería que le diera un abrazo, pero, cuando me acerqué, se dio vuelta para seguir sacando su ropa. Le puse la mano en la espalda.

—Vamos a estar bien acá, Pa.

—Sí —me dijo, sin mirarme. No le gustaba el departamento.

Al rato, mientras yo limpiaba unos cajones forrados con papel de diario, vi una foto de mamá. Saqué la hoja. Era un aviso fúnebre en el diario *The Celtic Cross*, de la colectividad irlandesa. Decía «Margaret Neylan de Valdés (q.e.p.d). Su madre Rose, su esposo Antonio Valdés y su hija María Valdés participan con dolor su fallecimiento y ruegan una oración en su memoria». Me acordé del momento exacto en que me dijeron que mamá había muerto. Yo tenía doce años. Hacía un mes que ella estaba en el hospital aunque a mí me había parecido mucho más. El día de mi cumpleaños me había dejado subirme a la cama con ella. Papá a veces venía a casa, cuando no se quedaba en el hospital a dormir. Aparecía en horarios raros, se bañaba, buscaba ropa y volvía. Para cuidarme, se turnaban mi abuela y una cocinera que se llamaba Vilma, como la de los Picapiedras⁵². Un día volví del colegio y, cuando entré por atrás, por la cocina, Vilma me dijo: «¿Te dijeron que murió tu mami?» Sentí el golpe, el sacudón por dentro, y le dije a Vilma que sí, que sabía, y no era cierto. Subí las escaleras corriendo y me tiré en su lugar de la cama. Lloré hasta que me quedé dormida y me despertó papá cuando ya era de noche.

52 *Picapiedras*: Traducción castellana de *Flintstone*, protagonistas de la serie animada americana homónima.

Ahí estaba el recorte con la foto y la fecha. Seguramente lo había guardado mi abuela. El diario habría quedado años en algún placard y los Salas después, sin saber, lo habían usado para forrar los cajones. Lo guardé entre mis cosas, sin mostrárselo a papá. En una semana iba a ser el aniversario de su muerte; sentí ese peso, justo debajo del esternón.

Papá desconectó el portero eléctrico porque constantemente tocaban el timbre para pedir comida, o zapatillas viejas, o preguntaban si alquilábamos un cuarto para pasar la noche. Durante el día, los ruidos de la calle llegaban como un conjunto de voces, motores y bocinas; pero de noche subían hasta ese sexto piso sólo los ruidos de los ranchos: los llantos, las carcajadas, las peleas que parecían estar sucediendo delante de uno, los tachos que se caían o los tiraban, un estruendo de latas y puteadas⁵³.

Varios días estuve sin saber nada de Alejandro. Ya antes habíamos pasado un día o dos sin llamarnos, pero esto era distinto. Fui dos veces a la mensajería donde trabajaba, para ver si lo encontraba, pero me decían que no había ido. Le dejé un mensaje en un papelito doblado: «Ale, llamame, no entiendo qué pasa». Ese silencio me volvía loca, me llenaba la cabeza de palabras y teorías.

Tuve que ir al banco a cambiar unos dólares que papá había guardado en una media. La cola llegaba hasta la puerta, no avanzaba, y yo estaba atascada en mis propias suposiciones. Creía que Alejandro no quería verme más, que se había aburrido de mí. Imaginaba que me decía cosas que nunca me había dicho: que era demasiado cheta⁵⁴, que vivía en una burbuja, que me resbalaba todo⁵⁵, que me gustaba demasiado el shopping. Y entonces le contestaba, me peleaba con su fantasma, diciéndole que yo lo mantenía a papá y trabajaba todos los días y tenía derecho a com-

53 *Puteadas*: Insultos (vulgar).

54 *Cheta*: Persona de clase alta o que pretende ser de clase alta. Despectivamente se utiliza para una persona presumida, malcriada, o *esnob*, cuando esos atributos surgen de la afiliación real o imaginaria a la clase alta y sus costumbres.

55 *Que me resbalaba todo...*: Que no le importaban las cosas, que era indiferente al mundo.

prarme lo que quisiera cuando tenía algo de plata⁵⁶ y que, al fin y al cabo, a él le había encantado que yo le regalara ese perfume Armani... O quizá por el cansancio de estar ahí parada, me daba por vencida, porque era mejor así, porque siempre había sabido que algún día se iba a terminar porque no podía durar siendo los dos tan distintos, y cuánto tiempo –hasta empezar a odiarlo o a odiarme– me iba a aguantar ese pellizquito de realidad, ese vértigo, en cada «she» cuando decía *posho* o *pashaso*⁵⁷, sólo ese sonido saliendo de su boca que marcaba la distancia que nos separaba, que me dolía, porque era cierto, era un error, pero qué lindo error, qué lindo tipo, el hombre más lindo que había conocido, tan reservado, misterioso, y de golpe estaba segura de que me quería quedar con él, que nada nos iba a separar, que podía funcionar, ¿por qué no?, después de todo...

Pasé varias veces del amor a la bronca, y la fila seguía inmóvil. Para no pensar más, me puse a leer el libro que llevaba en el bolso. La gente se puso más impaciente. Cuando saqué el libro y me sumergí en la historia, los que estaban detrás empezaron a resoplar y a quejarse por la demora. La placidez autista de la lectura provocaba irritación. El hecho de que alguien leyera en la fila parecía demorar aún más las cosas. Quizá cuanto más rápido se le pasaba a uno la espera, más lento se le pasaba a los demás. Al rato, se me acercó el guarda y me dijo:

—No se puede leer en la fila, señorita.

—¿Por qué? –le pregunté, y un tipo que estaba más atrás, con la aprobación de todos, dijo:

—No se puede leer, querida, si estás esperando estás esperando.

Me fui a buscar una casa de cambio con menos gente, pero en todos lados estaba igual. La fila en la que me puse se empezó a deshacer. Alguien se había desmayado, y empezaron a decir que unos se estaban colando⁵⁸, entonces otros fueron a tratar de evitarlo, y se adelantaron y se colaron porque, total, todos se estaban colando, y un viejo gritaba que las filas eran dos, pero era un gran

56 *Plata*: Dinero.

57 *Posho...*: Transcripción de la pronunciación rioplatense de la doble «l» y la «y» como «sh».

58 *Colarse*: Cortar la fila, no esperar su turno.

embudo de empujones y mal humor frente a la única ventanilla abierta. No se podía organizar ni discutir nada, empezaron los tirones, los manotazos, y quedé atrapada en un enredo de gente que se agarraba de la ropa, dos tipas enfurecidas tirándose del pelo, unos tipos ahorcándose de la corbata, tratando de pegarse rodillazos sin lograrlo, porque en la aglomeración no se sabía bien de quién eran esas piernas o el codo que asomaba y una mano de ahogado, desesperada, que en el forcejeo nadie notaba.

No sé cuántos días pasaron así, entre filas, calor, incertidumbre, hasta que el hermano de Alejandro me llamó para decirme que Ale estaba en Campo de Mayo; lo habían enrolado. No entendí hasta que me dijo que estaba haciendo la conscripción⁵⁹. Me chocó tanto como si me hubiera dicho que se había metido a cura.

—¿Por qué hizo eso?

—No lo hizo, te obligan, ahora el servicio militar es obligatorio —me dijo—. Dentro de poco me toca a mí. Ale me pidió que te avise que está bien, cuando pueda te va a llamar.

No lo podía creer. Yo había querido enfrentarlo a Alejandro, preguntarle qué le pasaba, pelearnos un poco, replantear las cosas, pero esto me dejaba muda, me sentí casi ridícula con mis diálogos mentales girando en falso y para nada, y sin poder evitar que el pobre Alejandro estuviera ahí encerrado, cortando el pasto al sol, o haciendo flexiones, o cosas peores, con armas. No sabía qué pensar.

A la mañana, en Suárez & Baitos me crucé con Lorena, que bajaba a comprar carbónicos⁶⁰ para tipear cartas en las máquinas viejas, porque no andaban las fotocopiadoras. Después, Baitos le pidió también que lavara las tazas de la sala de reuniones.

—Yo no soy la mucama —me decía, susurrando enojada.

59 *Conscripción*: Servicio militar obligatorio (SMO), establecido en Argentina en 1901, por el cual la mayoría de los jóvenes de 18 años debían pasar un año haciendo entrenamiento militar básico en una de las tres fuerzas armadas. El servicio militar obligatorio fue abolido el 31 de agosto de 1994, durante la presidencia de Carlos Menem.

60 *Carbónicos*: Lámina que permite hacer copias simultáneas al utilizar una máquina de escribir, una impresora o en la escritura a mano. La lámina se pone entre dos hojas blancas. Una de las caras de la lámina (la que enfrenta a la segunda página) está impregnada de carbón, que pasa a la segunda hoja bajo la presión de la máquina, impresora o escritura.

—A mí me pidió que cambiara el botellón de agua —le dije yo—. Era tan pesado que me tuvo que ayudar Daniela.

—Si no quieren pagar mantenimiento ni limpieza, que no paguen, pero que no pretendan que hagamos todo nosotras.

Nos quedamos calladas porque venía Baitos por el pasillo con una espada en alto. Se le había roto el tornillo que ajustaba el filo de la guillotina de papel, y estaba recorriendo todo el piso buscando un repuesto con el filo en la mano, haciendo el chiste de que estaba por cortarle la cabeza a alguien.

Al mediodía, comí rápido mi tupper de ensalada en la cocina, mientras Daniela me cubría en la recepción hasta las dos.

—¿Querés venir a Galerías Pacífico? —le pregunté a Lorena.

—No, me da fiaca⁶¹.

—Vamos a mirar, nomás. No compramos nada.

—A las tres viene mi tía, tiene cosas nuevas.

—¿Va a traer de esos pantalones negros?

—Sí, seguro. Pero yo no me puedo comprar nada. Hasta que no baje un gramo no me compro un solo pantalón.

Su tía venía a vender ropa en el baño, y nos pasábamos una hora probándonos minis, pantalones y remeras, paradas sobre la tapa del inodoro para mirarnos bien en el espejo.

Al salir a la calle, el aire caliente me pegó como un enorme secador de pelo. Tenía que entrecerrar los ojos por la luz; el sol parecía brillar desde abajo, desde el resplandor de las veredas y el reflejo de los rieles de tranvía que todavía asomaban en algunas partes bajo el asfalto. Quería probarme un vestido azul que habíamos visto con las chicas y que yo había pensado comprarme para mi cumpleaños. Cuando llegué, la vidriera estaba distinta. Miré bien y ahora el local se llamaba Hendy. Al lado había un cartelito de papel que decía «Ramírez se mudó a Florida 633». Caminé por Florida esquivando gente. Avanzaba despacio porque los vendedores ambulantes habían levantado puestos con caños y lonas en medio de la peatonal. Por fin di con la casa de ropa. Ahí estaba el vestido azul en vidriera.

61 *Fiaca*: (Argentina) pereza, desgano (DHA).

Me costó animarme a entrar; tenía que simular que realmente podía comprarlo. Quería ver cómo me quedaba. En la fiesta de fin de año de Suárez & Baitos, me había sentido mal vestida con una pollera⁶² lila, una musculosa y sandalias. Hubiese estado muy bien con ese vestido. Faltaba un año para que se repitiera la fiesta y, quizá, si la situación mejoraba... Todavía pensaba cosas así. Entré y puse cara de piedra cuando la vendedora me dijo que costaba doscientos setenta pesos⁶³. Calculé que, reservando por mes algo de plata de las clases particulares de inglés que daba, podría pagarlo para diciembre y tenerlo para la fiesta de fin de año. Me lo probé rápido, porque tenía que volver a la oficina, y porque me parecía que oía toses y que me espían por los ventiletas del cambiador. Me quedaba casi perfecto, había que tomarlo un poco de la cintura, apenas. Tenía una mariposita verde en uno de los breteles. Pensé en Alejandro, quería que me viera con ese vestido. Me sentí mal. Él atrapado en el ejército y yo probándome ropa para una fiesta imposible. Me fui rápido sin escuchar las explicaciones de la vendedora que me decía que se podía pagar en cuotas⁶⁴.

Llegué cinco minutos tarde a la Torre Garay y vi que estaban todos abajo, en la vereda, todo Suárez & Baitos, y los empleados del estudio contable, y unos bomberos, y las secretarias de uniforme *beige* de la compañía de seguros. Pensé que era un simulacro de evacuación, pero había habido una amenaza de bomba.

En casa encontré el vidrio de la puerta de calle roto. Subí en ascensor. Se oían discusiones y gritos en todos los pisos. La puerta de nuestro departamento estaba abierta. Papá discutía en el living con unos hombres de traje y una mujer de anteojos, dientuda⁶⁵. Cuando me vio, papá me dijo:

62 *Pollera*: Falda.

63 *La vendedora me dijo...*: En el contexto económico previo a la crisis del 2001, 270 pesos equivalían a 270 dólares. El salario de una secretaria como María podía ser, en una compañía como Suárez & Baitos, de 1000 pesos (esta es una estimación muy favorable).

64 *Pagar en cuotas*: Pagar de a poco por medio de entregas regulares (por lo común, mensuales) de dinero.

65 *Dientudo/a*: Con dientes muy grandes o prominentes.

—María, llamé a la policía que esta gente se quiere meter en nuestra casa.

Pero decían que ellos eran la policía, que tenían órdenes de acomodar a familias en casas donde hubiera más de un ambiente por persona. Yo no sabía qué hacer, papá gritaba que estaban invadiendo una propiedad privada y sacudía un cuchillo enorme de cortar verdura. Le pedí que lo bajara. Se notaba que los hombres tenían armas bajo los sacos. Me di cuenta de que la mujer dientuda era en realidad un hombre cuando escuché su voz. Decía que era sólo por una noche. Se oían ruidos en la cocina. Entré. La familia que querían acomodar ya estaba ahí. Eran una mujer y tres chicos que lloraban asustados. Los hombres se fueron y papá empezó a patear los muebles, a dar vuelta la casa con rabia. Nos quedamos en la cocina con la mujer, mirándonos de vez en cuando sin decir nada, esperando que papá terminara de descargar su furia. Cuando escuché que se había calmado, fui al living y lo encontré sentado. Tuve que abrirle la mano dedo por dedo hasta que le saqué el cuchillo.

Esta gente ocupó el comedor. Tenían unos colchones de goma espuma. Usaban el baño de visitas y compartíamos con ellos la cocina en distintos turnos. Podían salir por la puerta de servicio, les dimos instrucciones de que no dejaran entrar a nadie. Pero no salían nunca.

Al final no era tanto lo que habíamos perdido. El comedor nunca lo habíamos usado, comíamos en el living viendo televisión. Nos separaba de ellos una puerta corrediza. No los veíamos pero oíamos los berrinches⁶⁶ de los chicos y los retos⁶⁷ de la madre que trataba de hacerlos callar. A veces, cuando ella dormía, los chicos abrían un poquito la puerta corrediza para mirar televisión. Papá los chistaba⁶⁸ y cerraban, pero al rato volvían a abrir. Tenían comida. Yo les compré jabón, champú y papel higiénico. Estuvieron poco tiempo, hasta que un día vino el marido de ella a buscarlos.

Como ya nos habíamos acostumbrado a no usar el comedor,

66 *Berrinche*: Enojo grande (comúnmente el de los niños), manifestado de manera ruidosa y disruptiva (DRAE).

67 *Reto*: Reconvencción (usualmente de un superior jerárquico o un adulto a un inferior o a un niño).

68 *Chistar*: Llamar la atención de alguien con el sonido *chist* (DRAE).

decidimos alquilarlo por poca plata ni bien alguien nos preguntó si teníamos lugar. Vinieron unos hermanos, gente mayor, que se notaba que hasta entonces habían tenido un buen pasar. Ella se llamaba Irene, no recuerdo el nombre de él. Irene tejía mucho y dejaba las madejas⁶⁹ en la cocina. Les habían ocupado un viejo caserón⁷⁰ que tenían sobre la calle Rodríguez Peña y se habían quedado con lo puesto. Eran silenciosos. A veces, parecía que no había nadie, hasta que se oía una tos o el ruido del diario que el hermano de Irene parecía leer y releer⁷¹.

El vidrio de la puerta de calle fue reemplazado por un chapón de acero. Fuimos a la reunión de consorcio⁷². Había una señora que no paraba de lamentarse:

—Éste era un barrio de categoría —repetía, hasta que un tipo se hartó y le contestó:

—Categoría de prostíbulo, señora. Barrio Norte es el lugar donde más putas hay por metro cuadrado, disculpe la expresión.

—Pero son calladitas —dijo ella.

Entre todas las discusiones absurdas, lo que pudieron sacar en limpio fue que en casi todos los edificios del barrio había pasado lo mismo: se habían forzado las casas y se había metido gente. Como se sospechó que nuestro portero había sido cómplice, lo echaron. A partir de ahora un grupo de hombres del edificio se turnaría para hacer guardia en la puerta, con palos y con un arma que ofreció uno de los vecinos.

—Están por todos lados —decían—, parece que al Shopping Alto Palermo lo coparon⁷³, viven por los pasillos, los locales; es un conventillo⁷⁴...

En casa la heladera estaba vacía. Fui a preguntarle a papá qué quería comer, porque iba a bajar a comprar algo. Estaba dormido.

69 *Madeja*: Hilo recogido sobre un torno o aspadera, para que luego se pueda devanar fácilmente (DRAE).

70 *Caserón*: Casa muy grande.

71 *A veces...*: Todo este párrafo es una alusión al cuento «Casa tomada», de Julio Cortázar (el cuento fue recogido en *Bestiario*, de 1951). Ver «Introducción»

72 *Consortio*: Asociación de propietarios (usualmente de un edificio con múltiples unidades habitacionales o de comercio) con el objetivo de administrar las cuestiones de interés común.

73 *Copar*: Ocupar, instalarse en un lugar de manera forzosa o contra la voluntad del propietario.

74 *Conventillo*: Vivienda multifamiliar (usualmente un caserón dividido en múltiples unidades, de una sola habitación) típica de los inmigrantes pobres de fines del siglo XIX y principios del XX.

Dormía todo el tiempo que no había televisión. Habían reducido el horario de señal a dos horas: de doce del mediodía a una de la tarde, y de ocho a nueve de la noche, porque decían que estaban haciendo «tareas de mantenimiento en una central eléctrica», pero se sabía que eran cortes programados. Entonces papá dormía casi veinte horas. Se bañaba, veía la televisión del mediodía, después hacía una larga siesta hasta la noche, veía los noticieros cenando conmigo y se volvía a dormir. Yo trataba de dejarle algo preparado para almorzar cuando me iba a la mañana.

El supermercado de la vuelta parecía un almacén⁷⁵. Encontré algunas góndolas vacías y unas marcas que yo nunca había visto: gaseosas Teem o Crush, un vino Trapal que papá terminó tomando, unas medias gruesas y toscas, unas toallitas que venían sin adhesivo, un papel higiénico áspero y de color verde claro; todo con unos envoltorios de cartón con diseños como pintados a mano. No había comida congelada, ni helado en potes. La gente trataba de adelantarse al empleado que remarcaba los productos. Algunas cosas tenían tres o cuatro precios superpuestos⁷⁶. Daban ganas de comprar cualquier cosa que estuviera sin remarcar. Algunos se abalanzaban sobre latas de palmitos, o cajas de té, o compraban aceite para un año. Cualquier cosa que tuviera un cero menos.

En casa puse la fruta en una fuente, sobre la mesa de la cocina. Una de las naranjas me llamó la atención. Si la miraba constantemente, no notaba ningún cambio, pero si la miraba cada diez minutos, notaba que se iba achicharrando⁷⁷. Primero, se desinfló un poco, la cáscara se fue poniendo rugosa, le empezó a salir desde adentro un moretón, que se abrió después en un agujero que fue creciendo con un borde verde y se ahuecó. Antes de que cayera la noche, la naranja era un pellejo seco, irreconocible, sobre la mesa.

75 *Almacén*: Tienda tradicional (antes del advenimiento de las cadenas de supermercados) donde se venden comestibles.

76 *Superpuestos...*: Alusión a la *stagflación* experimentada en Argentina de 1975 a 1991, y luego en del 2001 al 2003. La década del ochenta fue la que experimentó con más agudeza el fenómeno. Antes del advenimiento de los códigos de barras, los precios se indicaban con una etiqueta impresa, que, durante los períodos de inflación mas agudas, debían ser actualizados semanal y hasta diariamente.

77 *Achicharrarse*: Asumir la apariencia de una materia quemada por la acción del fuego o el calor excesivo.

A la salida del trabajo, fui a ver si encontraba al hermano de Alejandro. Tenía la esperanza de que lo del ejército fuera una mentira y que Alejandro estuviera ahí en su casa, en Almagro. Casi prefería sorprenderlo con otra chica a aceptar que lo habían enrolado. El 92⁷⁸ iba doblando en las esquinas y en cada giro se me ocurría otra cosa. Si había otra chica, yo podía increparlo, podía convencerlo de que se quedara conmigo, o al menos intentarlo. En cambio, el ejército era algo contra lo que no podía hacer nada. Avanzábamos despacio. La calle Bulnes estaba casi intransitable por los asentamientos en la vereda. En algunas partes, el colectivo pasaba justo, rozando las casillas de cada lado.

Tuve que tocar un rato largo la puerta de calle hasta que me abrieron y me dejaron pasar. No andaba el ascensor. Había familias durmiendo en el *hall* de cada piso. El hermano me abrió la puerta sorprendido. Me dijo que Alejandro seguía en Campo de Mayo. Me invitó a pasar, pero preferí quedarme en la puerta porque no quería que pensara algo equivocado, no sé, estaba en cuero, se notaba que se había puesto un pantalón de fútbol a las apuradas y tenía mucho aliento a cerveza. O quizá era yo la equivocada. Le pedí que me contara todo lo que sabía. Me dijo que Alejandro había estado detenido con su amigo Víctor por repartir volantes de la intemperie. Los agarraron en la manifestación. La policía, antes de dejarlos ir, los había interrogado, y a Alejandro le retuvieron la moto. Cuando preguntó cuándo la podía ir a buscar, le dijeron que fuera directamente al Regimiento de Patricios⁷⁹. Aunque le pareció raro, ni bien lo largaron, se presentó porque sin la moto no podía trabajar. Lo hicieron esperar en una oficina varias horas hasta que entró un milico⁸⁰ y, sin dejarlo hablar, le pidió el documento. Le dijo que estaba dentro de la franja de generaciones convocadas para el servicio militar, que había nuevas medidas, y lo llevó hasta una fila de tipos en el patio. Alejandro se quiso ir pero los soldados que organizaban la fila lo reubicaron a culatazos⁸¹. Le hicieron una revisión médica de la

78 *El 92*: Número de la línea de autobús/colectivo que toma la narradora.

79 *Regimiento de Patricios*: Uno de los regimientos militares de Buenos Aires más antiguos y selectos de Argentina. Existe desde antes de la independencia del país y peleó durante las guerras de Independencia.

80 *Milico*: Término despectivo para referirse a los militares, y en general, a las fuerzas armadas o de seguridad.

81 *Culatazo*: Golpe que se da con la culata de un arma (DRAE).

que salió apto, lo obligaron a afeitarse y lo raparon⁸². Esa misma tarde, lo trasladaron con su batallón a Campo de Mayo. Sólo le habían dejado hacer un llamado.

—¿Y cuándo sale?

—No sé.

—¿Y no puedo visitarlo?

—No, no es una cárcel.

Mientras me volvía caminando, esas palabras me hacían eco. *No es una cárcel*. Es peor. Por la avenida Corrientes, quedé en el fuego cruzado de una pelea entre las casillas de las dos veredas. Volaban cascotazos que estallaban contra las chapas. Corrí calle abajo. Me pareció escuchar silbidos de bala. Ya se estaba haciendo de noche.

Paré un taxi y le dije que doblara por Gallo. Íbamos despacio, en una sola fila de autos entre los asentamientos. Los huecos y ventanas quedaban a la altura de las ventanillas del taxi. Adentro, las familias miraban televisión, había gente durmiendo en catres y colchones.

En la esquina de Ranqueles estaban haciendo un operativo policial. Miraban con linternas dentro de cada auto y pedían documentos. Algunos estaban parados con la ametralladora cruzada contra el pecho. Cuando nos tocó pasar, le pidieron documentos al taxista, le hicieron abrir el baúl, después me pidieron los documentos a mí, me encandilaron con la linterna, iluminándome la cara y todo el cuerpo de arriba abajo varias veces, me preguntaron dónde iba y me dijeron que no me olvidara del toque de queda⁸³.

En casa no había luz; empecé a subir a tientes por la escalera y, cuando iba por la mitad, volvió de pronto. Lo encontré a papá con el televisor encendido.

—Se está armando la rosca⁸⁴ —me dijo.

Las imágenes mostraban gente con metralletas, gente corriendo entre los árboles y un tipo al que lo descolgaban de los pelos por una tapia⁸⁵.

82 *Rapar*: Cortar el pelo al rape (de manera que no quede pelo en la sección cortada).

83 *En la esquina de Ranqueles...*: El párrafo reconstruye un «operativo policial» característico (pero no exclusivo) de la última dictadura (1976-1983) y del período inmediatamente precedente, caracterizado por una intensa violencia política.

84 *Armarse la rosca*: Desatarse la violencia, el caos.

85 *Tapia*: Pared, muro (también llamado «tapial»). En particular, la pared aislada (no unida a un techo) que separa patios o jardines de dos propiedades. Toda esta

Yo ya no quería saber nada. Me tiré en la cama hasta que se empezó a oír un ruido y salimos al balcón. Unos tanques y una topadora⁸⁶ avanzaban sobre las casillas, obligando a la gente a salir. Las familias huían como podían y las máquinas trituraban⁸⁷ despacio los asentamientos, sin detenerse. Los vimos pasar por debajo de casa, y por varias horas se siguieron oyendo gritos, corridas y una vibración que hacía temblar el piso. Al día siguiente, camino al trabajo, vi lo que quedaba: parecía que un huracán había arrasado las casillas, y había dejado plazas y calles desiertas con una pila de medio metro de basura y chapas aplastadas.

En Suárez & Baitos empezó a verse más movimiento. Algunos asesores volvieron de sus vacaciones en Punta del Este⁸⁸ con un bronceado saludable que a la tarde ya se les había transformado en un color hepático y cansado. Había trabajo. Sonaba mucho el teléfono; yo transfería llamados, organizaba las salas de reuniones y pasaba a máquina cartas que intentaban infundir confianza en los inversores.

Algunos asesores y socios, que habían perdido sus casas o estaban a punto de perderlas por la intemperie, se habían mudado al piso 26 de la Torre Garay, justo encima de Suárez & Baitos. Durante un tiempo, el piso 26 había estado en obra para habilitar más oficinas, pero ahora lo había comprado la compañía y habían transformado medio piso en departamentos con habitaciones y un gran living común para los familiares de los dueños. La mujer

escena es una alusión a los enfrentamientos entre la derecha y la izquierda peronista en Ezeiza el 20 de Junio de 1973, enfrentamiento conocido como «La masacre de Ezeiza». El enfrentamiento ocurrió en el marco de una enorme manifestación popular reunida para recibir a Juan Domingo Perón, que regresaba de un largo exilio europeo (Perón abandonó el país en 1955, cuando un golpe militar lo derrocó). Una de las imágenes icónicas de la violencia de ese día es la de un joven que es levantado de los pelos, contra su voluntad, hasta el palco donde iba a hablar Perón (quien, en vista de la violencia generalizada, finalmente no desciende en el aeropuerto de Ezeiza, y no se hace presente en el acto). En la novela, dada la lógica regresiva que la anima, el joven es bajado de los pelos, no izado.

86 *Topadora*: Pala mecánica, acoplada frontalmente a un tractor de oruga, que se emplea en tareas de desmonte y nivelación de terrenos (DRAE).

87 *Triturar*: Moler, partir, destruir.

88 *Punta del Este*: Ciudad de la costa atlántica del Uruguay. Es un destino turístico de lujo y uno de los centros financieros del Cono Sur.

y los hijos de Baitos aparecían por las oficinas para usar el teléfono y pasaban sin saludar. Daniela tuvo que llevar un sobre a la azotea; cuando bajó, nos contó que arriba había pileta⁸⁹ y helipuerto. Supongo que para ellos la Torre Garay se parecía a esas torres familiares que se habían multiplicado en la Capital desde que la provincia se había vuelto peligrosa. Esas torres como clubes verticales, donde había pileta, solarium, gimnasio, guardería, cine, sauna, y donde la seguridad estaba garantizada por una reja perimetral, dos guardias y, sobre todo, por la lejanía de la altura.

Trajeron un grupo electrógeno para los ascensores y el aire acondicionado. Se encendía automáticamente cuando se cortaba la luz. El paso de una forma de energía a otra se sentía en los ascensores con caídas mínimas, aceleraciones y frenadas. Los clientes aparecían pálidos al abrirse las puertas frente al escritorio de entrada. El primer día que lo instalaron, tuve que buscar una escalera para ayudar a dos americanos a salir, porque el ascensor se detuvo en la mitad de un piso. A pesar de todo, Suárez estaba orgulloso de la adquisición del grupo electrógeno. Entré en su oficina para avisarle que algo estaba andando mal y lo escuché decir por teléfono:

—Quedate tranquilo, de acá no nos movemos. ¿Qué puede pasar? ¿Cortan todas las rutas? Compramos diez helicópteros. ¿Aumenta la temperatura de la tierra? Compramos el aire acondicionado más grosso⁹⁰ que exista...

Le hice señas de que después volvía y me pidió que me quedara.

—Pero sí... Escuchame, mientras la cosa se mueva, no levantamos campamento ni en pedo⁹¹.

Hablaba por teléfono y me miraba sin disimular, pasándose la mano por el pelo rizado o tocándose la nuez de adán. Siempre me hacía lo mismo. Como si dijera: «No te vayas, quedate ahí parada que te quiero mirar un rato». A veces le explicaba algo y me daba cuenta de que no me estaba oyendo y me respondía con

89 *Pileta*: (Argentina) pileta de natación, piscina (DHA).

90 *Grosso*: Adjetivo que indica una evaluación positiva de algo. La naturaleza exacta de la evaluación puede variar. Puede aludir a algo de gran tamaño, de alta calidad, o de alto precio, entre otras posibilidades. En el uso de la novela, puede aludir a las tres características simultáneamente.

91 *Ni en pedo*: Bajo ninguna circunstancia. Literalmente: ni bajo el efecto del alcohol.

una sonrisita libidinosa, como invitándome a otra cosa. Era un baboso⁹². En la compañía era una celebridad, no tanto por ser uno de los fundadores, ni por ser demasiado inteligente, sino porque ganaba todos los torneos de golf. Era menos trabajador y menos confiable que su socio, Baitos, pero era el mejor golfista y eso le daba un halo de admiración que se percibía cuando llegaba o cuando hacía un chiste. Yo había sido su secretaria hasta que pedí el cambio y Baitos me dejó pasarme a recepción. Me había cansado de la desprolijidad de Suárez, de que me tirara textos mal redactados a última hora, diciéndome: «María, ponele las comas a esto, *please*». Quizá no debería decir estas cosas por la forma terrible en que terminó su vida.

Le hice señas de que ya volvía y me fui a mi escritorio. El teléfono parecía estar sonando hacía rato.

—Suárez & Baitos, buenas tardes.

—Mery.

—¿Ale?

—Escuchame: estoy afuera, no me llames. Nos vemos a las seis y cuarto en Alem y Tucumán —dijo y cortó.

No podía creer que fuera él, me habló tan rápido que tardé en entender lo que me había dicho.

A las seis, salí corriendo. Lo esperé ahí parada en la esquina, asustada por su tono seco, apurado, cifrado. ¿Qué quería decir «Estoy afuera, no me llames»? Me daba bronca que no me hubiera avisado antes, porque me habría gustado ponerme linda, no me había lavado el pelo y lo tenía aplastado.

Por la avenida empezaron a pasar *jeeps* del ejército, con soldados armados. Yo lo buscaba entre las caras, me parecía raro, no sabía si iba a aparecer de civil, caminando por la vereda, o si se iba a bajar de un *jeep* vestido de uniforme, y cómo iba a hacer para que lo dejaran irse. No terminaban de pasar. Un tipo que esperaba para cruzar al lado mío dijo:

—Andaba haciendo falta un poco de orden⁹³.

92 *Baboso*: Enamoradizo y rendidamente obsequioso con las mujeres (DRAE). En Argentina tiene un sentido peyorativo, y puede tener una connotación de estupidez o de agresividad sexual: un baboso es alguien que prosigue sus avances románticos o sexuales incluso cuando esos avances no son bienvenidos.

93 *Andaba haciendo falta...*: Frase hecha que funcionó (con variantes) como justificación usual para las dictaduras o los regímenes autoritarios, endémicos durante el siglo XX en Argentina.

Impresionaba la prepotencia de la caravana; eran como cincuenta *jeeps* que pasaron sin frenar en la esquina y sin fijarse en el semáforo. De uno de los últimos, se bajó un grupo de cuatro soldados, pero ninguno era Alejandro. Se instalaron ahí, en Plaza Roma. Yo lo seguí esperando hasta las siete en esa esquina, pero no apareció. Lo fui a buscar a la mensajería. Estaba cerrada. Se estaban armando barricadas en Sarmiento y San Martín. Pasaban tipos revoleando palos. «Otra vez», pensé. Iban rompiendo vidrios, contagiando a la gente, hasta que empezaron a meterse en los negocios. Era una confusión. Empezaron los cantitos de cancha⁹⁴, las patadas en las persianas. Yo doblé corriendo por Florida porque se oyeron gritos:

—¡Vienen, vienen!

Había chicas y tipos bien vestidos metiéndose en los locales de ropa, manoteando lo que fuera. Pasé por delante de la vidriera de Ramírez y vi el vestido azul; lo habían vuelto a poner sobre el maniquí. Ahí estaba, en el local cerrado, tras un vidrio, sin gente. Me quedé parada, el corazón me latió fuerte. Miré a mi alrededor, la gente me esquivaba. Era fácil. Un pedrazo, manotearlo⁹⁵ y echarme a correr escondida en la multitud. Pero no me animé. Salí corriendo, huyendo de mi propia idea.

Tuve que ir a Beccar al día siguiente a cobrar el alquiler de la casa. Cuando pedí el boleto, el colectivero me advirtió que el recorrido ya no llegaba hasta Tigre. Le pregunté por qué y me dijo:

—Porque no hay nada.

Pasamos un control policial que habían puesto a la altura de General Paz, la avenida que en ese tiempo rodeaba la Capital. Pasamos sin problemas, parecía que controlaban más al entrar a Capital Federal que al salir.

Al bajarme del colectivo, pasé por delante de la fábrica de galletitas Weyl, donde había trabajado papá como jefe de planta.

94 *Cantitos de la cancha*: Canciones que los grupos de aficionados cantan para alentar a su equipo en los estadios de fútbol.

95 *Manotear*: Arrebatar.

Hacía cinco años que estaba todo inmóvil. Habían querido formar una cooperativa pero no habían podido. Papá me había llevado una vez a ver las máquinas empaquetadoras y las mezcladoras de masa. Me gustaba el olor dulce de los hornos, pero no me gustaban las galletitas. Papá era tan fanático de la empresa que no me dejaba llevar otras galletitas al colegio. Mamá era mi cómplice, me decía en secreto «tienen gusto a ascensor» y me escondía en la mochila unas Melba o unas Merengadas. Vi a unos chicos detrás de la reja tirando piedras, tratando de romper los pocos vidrios sanos que quedaban en la fábrica. Antes los hubiese retado para que se fueran, pero ahora el edificio enorme, con todas las paredes rajadas, parecía estar pidiendo que lo tiraran abajo.

Podía caminar con los ojos cerrados por esas calles, porque eran el espacio de mi infancia, conocía cada esquina, cada entrada, cada perro detrás del cerco. Beccar era un barrio residencial, a media hora del centro, que conservaba viejos naranjos en la vereda y casas con techo de tejas. Pasé frente a la plaza con ese ombú⁹⁶ en medio, un árbol viejísimo lleno de raíces, huecos y ramas donde me gustaba esconderme y jugar después del colegio. Sentí la alegría física de estar volviendo a casa, pero apareció la idea del alquiler; pensé en los Salas como usurpadores. Era *mi* casa. Era mamá y la ausencia de mamá, a la vez. La permanencia de todas sus costumbres. Cosas chiquitas. Por ejemplo, el lugar donde poníamos los fósforos en el marco de la ventana de la cocina para que el sol de la mañana les sacara la humedad. Eso lo hacía ella y lo habíamos seguido haciendo papá y yo, por costumbre, sin estar del todo conscientes de que era algo práctico. De ese tipo de cosas estaba llena la casa. Una especie de ternura funcional. Nada de carpetitas o adornos inútiles. Eran detalles inteligentes. También la parrilla al fondo del jardín, que papá había hecho muy baja para poder atizar el fuego sentado en una silla. Papá había comprado esa casa para estar cerca de la fábrica. Tenía

96 *Ombú*: (del guaraní *umbú*): Árbol de América Meridional con la corteza gruesa y blanda, madera fofa, copa muy densa, hojas alternas, elípticas, acuminadas, con pecíolos largos y flores dioicas en racimos más largos que las hojas (DRAE). El ombú es el árbol icónico de la pampa (toda vez que es uno de los pocos árboles que los colonizadores encontraron en la pampa, que era abrumadoramente una llanura sin árboles).

dos pisos. Abajo, el living, el comedor y la cocina; arriba, dos habitaciones, un cuarto lleno de cosas que papá llamaba *baulera*⁹⁷ y yo *escritorio*, y una terraza donde me tiraba a tomar sol.

Me recibió con sus ladridos la perra de los vecinos, a la que llamaban Anit, Negra y no sé qué otros nombres.⁹⁸ No paraba de ladrar, como si estuviera advirtiéndome todo lo que me iba a pasar en los meses siguientes, todas las penurias que íbamos a terminar pasando juntas. Era raro porque siempre le ladraba a papá y no a mí; esa mañana parecía realmente querer decirme algo.

Cuando vi nuestra casa me sorprendió lo descuidada que estaba. ¿Cómo habían dejado que se viniera así abajo? Las paredes estaban enmohecidas, la reja estaba desvencijada, faltaban tejas⁹⁹ y el jardín era un yuyal¹⁰⁰. Los Salas parecían cansados, como si no hubieran dormido en meses. No me hicieron pasar. Pensé que era porque estaban avergonzados por el estado de la casa, pero fue por miedo. Desde la puerta, él me dio la plata del alquiler y me dijo en voz baja algo que no entendí por los ladridos.

—¿Qué?

Salas, antes de repetirlo, levantó una piedra y amagó¹⁰¹ tirársela a la perra que salió corriendo. Estaba muy nervioso. Después me dijo:

—Te vino a buscar una gente. Parecían policías de civil. Les dijimos que no vivías más acá y que no sabíamos dónde te habías mudado.

—Gracias —le dije.

Miró por sobre mi hombro y alrededor, y agregó:

—Nosotros no queremos tener problemas.

—Sí, claro.

Me despedí y me alejé rápido.

No me quedaron dudas de que Alejandro había desertado. Lo estaban buscando. Pero ¿cómo sabían que yo era su novia, y

97 *Baulera*: Espacio donde se guardan los objetos domésticos de uso poco frecuente (*Diccionario del habla de los Argentinos*: de aquí en adelante abreviado como DHA).

98 «Anit, Negra». Leído al revés, es «Argentina».

99 *Teja*: Pieza de barro cocido (en forma acanalada) que forma parte de los techos y que recibe y deja escurrir el agua de la lluvia (DRAE).

100 *Yuyal*: Lugar lleno de maleza (plantas que crecen en lugares abandonados, no cuidados).

101 *Amagar*: Mostrar intención o disposición de hacer algo próxima o inmediatamente (DRAE).

cómo sabían mi dirección? Por suerte no había hecho el cambio de domicilio¹⁰² ni había avisado de la mudanza en el trabajo. También pensé que quizá no habían sido policías, sino Alejandro que me había pasado a buscar con Víctor; quizá él no estaba seguro si me había mudado y no sabía mi nueva dirección. No era muy probable, pero me gustó pensar que había sido así. Salas había dicho que parecían policías de civil, y Alejandro no parecía policía, aunque quizá, ahora, con el pelo tan corto... No había manera de saberlo. Su amigo, Víctor Rojas, era pelado¹⁰³; lo había conocido en Año Nuevo en una fiesta. Podía volver a preguntarle a Salas si uno de los tipos era pelado, pero seguí caminando.

Me puse a mirar para atrás a cada rato, me parecía que todos me seguían, que todos estaban disfrazados de personas comunes: la señora con las compras, el chico en bicicleta, el mendigo. Traté de volver a Capital sin pasar por una avenida principal para eludir los controles, pero era imposible. Me bajé unas cuerdas antes de la General Paz y fui bordeando las entradas. En todas las calles, por más mínimas que fueran, había barreras con gendarmes y, en algunas, los vecinos mismos estaban levantando barricadas con lo que tuvieran a mano: autos viejos, pedazos de alambrados, cajones, tablas.

Decidí pasar como había hecho antes, en colectivo y por una avenida. Los controles demoraban el tránsito. Estuvimos una hora avanzando a paso de hombre. Todos los semáforos titilaban en amarillo. Del colectivo de adelante hicieron bajar a cinco tipos y los hicieron acostar boca abajo en la vereda con las manos en la nuca. Cuando se subieron los gendarmes a nuestro colectivo, empezaron a pedir documentos. A una mujer la bajaron; ella lloraba diciendo que tenía dos hijos en el centro, rogaba que la dejaran pasar.

—Señora, tiene que tener algún documento que acredite que vive o trabaja en Capital —le dijeron y la hicieron ponerse a un lado para que no estorbara¹⁰⁴.

Yo mostré la tarjeta magnética para ingresar a Suárez & Baitos donde estaba la dirección, y el gendarme me preguntó para qué iba

102 *Cambio de domicilio*: Declaración oficial obligatoria (ante las autoridades policiales—y por extensión municipales, provinciales y federales) sobre el cambio de dirección del habitante, utilizada con fines electorales e impositivos.

103 *Pelado*: Calvo, sin pelo.

104 *Estorbar*: Incomodar, obstaculizar.

un sábado a trabajar. Le dije que tenía que hacer una guardia telefónica en la recepción y me devolvió mis documentos. Quizá la palabra *guardia* le despertó compasión. Nos dejaron seguir y respiré aliviada porque, al menos hasta el próximo mes, cuando volviera a Beccar para cobrar el alquiler, no tendría que pasar por ahí.

En casa subí por la escalera; durante el día era raro que hubiera luz. La energía volvía de noche y duraba hasta no más tarde de las doce, cuando la volvían a cortar. Fue difícil acostumbrarse a no tener luz. Al principio apretaba el interruptor al entrar al baño, o el botón del ascensor, o la manivela de la tostadora, y me quedaba un instante detenida ante los aparatos muertos. Era como si el mundo hubiera dejado de girar.

En el cuarto piso había una chica de mi edad tratando en vano de meter por la puerta una biblioteca vacía. Tenía botas hasta la rodilla, pollera larga y unos enormes anteojos ahumados y verdes. Le pregunté si quería que la ayudara y me dijo que sí. Dentro del departamento había plantas por todos lados y pilas de libros. Siempre me sorprendió lo que hace la gente dentro de su casa. En esos dos ambientes casi no se podía caminar por la cantidad de plantas, era una selva de ficus, potus, helechos, palos de agua, que crecían desde macetas hasta el techo, caían desde estantes, se enredaban. Intimidaban un poco.

—Son las plantas de mi tía, los libros son míos —me dijo.

—¿Estudiás Letras?

—Sí, ¿vos también?

—No, hice el traductorado. Pero me gusta leer —le dije.

—¿Y no escribís?

—No. ¿Vos sí?

—Sí, algo —me dijo con un poco de vergüenza.

—¿Te mudás acá?

—Sí, mi casa en Ensenada se estaba viniendo abajo.

—Yo soy María, vivo en el sexto, cualquier cosa que necesites...

—Gracias, yo me llamo Laura.

Vi que tenía *Mrs. Dalloway*, *Moby Dick* y otros libros en inglés,

y nos pusimos a hablar de Virginia Woolf, pero, como suele pasar, cada una había leído justo las novelas que no había leído la otra, y toda la conversación fue una serie de desencuentros y comentarios como «Ah, ésa justo no la leí». De todos modos, nos caímos bien y quedamos en intercambiar libros en cualquier momento.

El domingo, como ya me estaba volviendo loca por estar encerrada, quise ir a caminar, a tomar un poco de sol a la plaza de la biblioteca. Le toqué la puerta a papá para ver si quería venir. No contestó. Abrí. Estaba dormido. Se levantaba al anochecer, justo para ver el noticiero durante la única hora de televisión que daban por día. Comía un poco a la cena y se volvía a acostar hasta la noche siguiente. A veces me olvidaba de que él estaba.

Salí sola. En la plaza no me animé a desplegar la lona¹⁰⁵, tuve una sensación extraña. No había nadie. Ni chicos jugando al fútbol, ni chicas tomando sol, ni gente con sus perros, ni ciclistas, ni viejitos sentados en los bancos. Nadie. Era un domingo de sol y la plaza estaba vacía. Y no era demasiado temprano. De vez en cuando, pasaba un auto por la avenida. Di una vuelta por Plaza Francia, por La Recoleta. Todo estaba impecable, el pasto cortado, los canteros con flores. En el café La Biela estaban las sillas vacías bajo las ramas del gomero¹⁰⁶ inmenso. Los mozos sentados en los taburetes de la barra se espantaban las moscas con el repasador¹⁰⁷. Volví a casa rápido.

La semana laboral empezó con esa calma extraña. Durante el día, había movimiento sólo a las horas pico, cuando la gente iba o volvía de trabajar, el resto del tiempo había silencio y todo estaba muy ordenado, pocos autos en la calle, pocos peatones. Casi no había motos. (Lo noté porque, cada vez que pasaba una moto, yo me fijaba si era Alejandro. Ya no se veían dos o tres motoqueros por cuadra como antes.) En varios edificios grandes del centro,

105 *Desplegar la lona*: Poner una frazada o una tela en el suelo para sentarse.

106 *Gomero*: (Argentina) árbol ornamental de la familia de las Moráceas, de copa ancha y hojas de color verde luciente en la cara superior y más claro en la inferior, oblongas, grandes, y con fuertes nervaduras amarillentas (DRAE).

107 *Repasador*: (Argentina, Paraguay y Uruguay) paño de cocina, lienzo para secar la vajilla (DRAE).

habían enrejado los recovecos¹⁰⁸ de la fachada para que no los usaran como refugio. Las veredas estaban barridas, no había afiches¹⁰⁹ pegados ni arrancados.

La calma contrastaba con el tono paranoico de los diarios que informaban que iba a haber desabastecimiento porque varios camiones que traían hacienda y mercadería a la Capital habían sido interceptados y robados. Describían la situación en provincia como «un caos de grupos armados y muchedumbres descontroladas». Y se hablaba de la importancia de fortalecer el perímetro de la ciudad. Incluso desde casa oímos altoparlantes que hacían campaña con música alentadora para que la gente se sumara a la tarea. Se pedían materiales de cualquier tipo: ladrillos, cal, arena, madera. Vimos que algunos sacaban a la calle lo que tenían y los gendarmes se lo llevaban en camiones para construir la muralla. Montones de cosas viejas que se usaron para tapiar¹¹⁰ las esquinas perimetrales de la Capital.

Con Laura sintonizábamos una radio clandestina que se oía muy mal y que informaba sobre el avance de la intemperie. Decían que en Córdoba, Mendoza y Santa Fe también estaba pasando lo mismo. En algunas zonas, el gobierno distribuía comida y chapas. A mí, por momentos, me parecía todo una gran exageración. Las cosas no podían estar tan mal, porque yo podía ir al trabajo y volver sin problemas. Pero Laura parecía más preocupada. Una tarde fui a buscarla para escuchar la radio y devolverle un libro. Me abrió la tía y me dijo que entrara en su cuarto, porque no había querido levantarse.

—A veces le pasa —me dijo.

Yo nunca fui muy buena para levantarle el ánimo a nadie y no la conocía tanto como para entrar en su cuarto, pero su tía insistió. La encontré sentada en la cama, abrazándose las rodillas, fumando en penumbras. No tenía puestos los anteojos verdes que tanto le gustaban. Me senté en el borde de la cama. Le pregunté cómo estaba y me empezó a hablar muy bajito. Me dijo que había que irse lo antes posible.

108 *Recoveco*: Sitio escondido o en este caso, elaboraciones de la fachada con recesos.

109 *Afiche*: Cartel, póster.

110 *Tapiar*: Cerrar o bloquear algún hueco por medio de la construcción de una pared.

—Se llevan a la gente —me dijo—. A una amiga mía la llevaron por error.

Parecía estar en trance cuando me lo empezó a contar. De vez en cuando, hacía una pausa y apoyaba la frente contra las rodillas.

—Mi amiga estaba en el subte, en la estación, y la agarraron tres tipos. La hicieron salir. La metieron en un auto, agachada en el piso, y le taparon la cabeza con un buzo. La llevaron a un lugar que ella cree que era un sótano, porque bajó escaleras. Le sacaron todas sus cosas, la cartera, la agenda, y la hicieron desnudar. Hablaban como policías. La dejaron ahí dos horas y después la llevaron a otra habitación donde empezaron a darle descargas eléctricas y a preguntarle quién era Sylvia Plath¹¹¹.

Yo no entendía nada; por la oscuridad del cuarto, no le veía bien la cara cuando me contaba estas cosas. Me siguió contando:

—Mi amiga les decía a los tipos que Sylvia Plath era una poeta yanqui y no le creían. No entendía por qué le hacían esa pregunta: «¿Quién es Sylvia Plath?», le gritaban. Ella trataba de no repetir lo mismo, trataba de explicarles quién era esa poeta, qué había escrito. Pero igual la picaneaban¹¹². Como un examen, pero con tortura. La dejaron ahí tirada. Después se acordó que ese día había anotado «Sylvia Plath» en su agenda porque a la tarde tenía un curso de poesía sobre Sylvia Plath al que había empezado a ir. Los tipos le habían revisado la agenda y creían que ésa era una cita clave con alguna persona metida¹¹³...

—¿Metida en dónde?

—...en la Provi¹¹⁴. Trató de explicarles que era un error, pero

111 *Sylvia Plath*: Poeta estadounidense (1932-1963) conocida por sus dos colecciones *The Colossus and Other Poems* y *Ariel*. Antes de su muerte publicó *The Bell Jar*, una novela semi-autobiográfica. Se suicidó debido a la depresión y a una separación matrimonial. Más allá de la referencia literaria, el episodio es la *reductio ad absurdum* de una práctica común durante la última dictadura militar. La presencia del nombre de una persona en la agenda de alguien reputado como subversivo convertía a esa persona inmediatamente en sospechosa.

112 *Picanear*: Dar un *shock* eléctrico con una picana (vara que da una carga eléctrica al hacer contacto con una superficie). Utilizada originalmente para ganado, fue una forma de tortura común durante la dictadura de 1976-1983, de la cual devino un emblema.

113 *Estar metido*: Participar en actividades políticas clandestinas.

114 *Provi*: abreviatura para Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, el conflicto entre la Capital y «la Provi» es una síntesis de conflictos que recorren la historia argentina. En particular dos: federales (provincia) contra unitarios (capital), y peronistas (provincia) contra antiperonistas (capital). Más en general, alude a la lucha

nadie la oía. Al día siguiente le dijeron que ya no hacía falta que les dijera quién era porque la habían encontrado. «Tu amiga Plath está en el pozo de al lado», le dijeron. Del otro lado de la pared, oyó gemir y llorar a una mujer toda la noche. Le gritó varias veces preguntándole quién era pero no contestó. A ella la largaron a los tres días en Longchamps y nunca supo quién era ni qué le pasó a esa mujer.

Papá no se volvió a levantar de la cama. Cuando anularon la única hora de televisión diaria, empezó a dormir literalmente todo el día. Pasé mi cama a su cuarto y puse el living en alquiler. Necesitábamos plata, porque lo que teníamos cada vez valía menos.

Alquilaron el living dos hombres, uno de cincuenta años y otro de treinta y cinco. Los dos se llamaban Sergio. Eran muy limpios y prolijos. Compartían el baño con nosotros. Yo dividí las alacenas en la cocina. Una para Irene y su hermano, otra para los dos hombres y otra para nosotros. Nos entendíamos todos bien, cocinando por turnos, usando el baño y limpiándolo día por medio cada uno. El único inconveniente era que Sergio, el mayor, roncaba y Sergio, el menor, hablaba dormido o le pedía enojado al otro que parara de roncar.

Me quedaba en cama con los ojos abiertos oyendo esos ruidos, extrañando a Alejandro que tenía una respiración muy serena, como una playa lejos, cuando dormía. En diciembre habíamos dicho que podíamos ir a acampar a la costa algún fin de semana de febrero y yo seguía pensando en eso a pesar de que ya fuera imposible. Quería verlo, aunque no pudiéramos viajar, quería abrazarlo, subirme a la moto y que me llevara como siempre hasta Beccar, por el Bajo, pasando por el colegio donde cursé el secundario, por la parte donde empezaban los árboles en Acassuso, y después esa parte donde la Avenida del Libertador se volvía una

étnica, política y clasista entre lo que podríamos llamar las «dos Argentinas»: la Argentina blanca, europeizante, urbana, de clase media o alta y la Argentina mestiza, rural, de clase media baja o baja.

cuadra empedrada, en San Isidro, la Catedral, la subida otra vez a la avenida... O las veces que íbamos por la calle que bordea el Tren de la Costa, hasta los bares a la orilla del río. Me desvelaba pensando dónde estaría, cómo se habría escapado, por qué no llamaba una vez más para encontrarnos. Papá dormía muy profundo en la cama de al lado, como si se hubiese acaparado¹¹⁵ todo el sueño disponible. Yo casi no dormía. Me quedaba en la cama por rutina, en vela hasta el día siguiente, esperando despierta que sucediera de una vez lo que tuviera que suceder.

El día de la invasión, u ocupación, o reconquista (muchos nombres se le dieron), fue el día en que no lo pude despertar a papá. Me extrañó que alguien tuviera ánimo para tirar fuegos artificiales. Cuando se oyeron gritos, entendí: eran disparos. Me asomé al balcón. Pasaban grupos de dos o tres conscriptos corriendo con el fusil en la mano. Cuando entré un segundo a buscar algo, escuché un grito horrible. Al parecer, una camioneta levantó a un conscripto rezagado¹¹⁶ y, cuando el conscripto se subió, la camioneta aceleró y el chico no pudo sostenerse; cayó al asfalto y lo pisó el camión que venía detrás. No se detuvieron a pesar de que los otros soldados gritaron. Lo habían dejado ahí tirado. Bajamos y los vecinos de planta baja lo estaban asistiendo. Lo llevaron al hospital que estaba a una cuadra, pero ya parecía muerto.

En la escalera se oyeron voces.

—¡Pasaron la General Paz! —decía alguien desde arriba.

Así nos enteramos de que los bandos de la Provincia estaban cerca. El ejército había podido detenerlos a la altura de la línea que formaban los barrios de Belgrano, Flores y Constitución. Se oyeron tiros durante todo el día. Yo traté de despertarlo a papá, pero no reaccionaba. Lo único que me tranquilizaba era que respiraba bien. Llamé a nuestra obra social¹¹⁷, pero cuando les describí lo que le pasaba a papá me dijeron que era un tema siquiátrico y que el plan no cubría esa área; me recordaron además que debíamos tres cuotas. Insulté a la operadora hasta que me cortó.

115 *Acaparar*: Monopolizar la propiedad o el uso de algo.

116 *Rezagarse*: Quedar atrás.

117 *Obra social*: Seguro médico privado. La obra social suele estar asociada a un ramo de ocupación y/o a un sindicato.

Tuve que averiguar con distinta gente, hasta conseguir que viniera un médico de la cuadra a verlo. Nadie quería salir a la calle. Al final, el médico joven que vino lo auscultó despacio.

—¿Por qué tiene el control remoto en la mano? —me preguntó intrigado.

—No lo quiere soltar. Duerme así, agarrado al control.

Se quedó un rato pensando. Intentó darle una cucharada de agua y papá la tragó sin esfuerzo. Le diagnosticó un estado semicomatoso, muy poco profundo, del cual, según me dijo, podría salir solo, en unos días. Me indicó que le diera mucha agua y papillas¹¹⁸.

Pasó un camión con altoparlantes pidiendo que bajáramos a la vereda cosas que pudieran servir para hacer unas nuevas defensas y barricadas. Muebles, puertas, libros. Se pedía un gesto patriótico a toda la población. Yo escondí mis libros por las dudas. Los puse todos debajo de mi cama y dejé la frazada colgando, para tapanlos. Quise avisarle a Laura para que escondiera los suyos, pero no me contestaron cuando golpeé la puerta.

Antes del anochecer aparecieron los soldados. Entraron y sacaron todas las puertas del departamento (hasta las de los placares) y las bajaron para apilarlas en un camión. Por el balcón vimos que estaban haciendo lo mismo en todos los edificios de la cuadra. También nos sacaron un gran aparador¹¹⁹. Nos dejaron las camas y las alacenas. Cuando se estaban yendo, uno de ellos entró y miró debajo de mi cama.

—Por favor, dejame los libros —le supliqué.

Pero se los llevó sin mirarme a los ojos, cargándolos arriba de una puerta con otro soldado. Ahí se iban los libros de inglés de mamá de cuando era profesora, los mismos que yo había usado para dar clases particulares y que tenían anotaciones de ella en lápiz en los márgenes. Había uno que, en la primera página, tenía un sello que decía «Margaret Neylan, Escuela San Patricio, 1975». También se llevaron un libro con grabados de anatomía, de mi abuela Rose, que había sido enfermera en el Hospital Bri-

118 *Papilla*: Comida blanda que típicamente se da a los niños o a personas enfermas que tiene una consistencia de una pasta fina.

119 *Aparador*: Mueble donde se guarda o contiene lo necesario para el servicio de la mesa (DRAE).

tánico, y que siempre había estado orgullosa de ese trabajo, sobre todo porque gracias a eso su hija había llegado a ser profesora. A través de ellas me llegaba el inglés y esos libros que ahora se llevaban los soldados. Tres novelas de Virginia Woolf, todo Shakespeare en un tomo azul que yo leía salteado y con dificultad, *The sound and the fury* en una edición de Vintage, *El proceso*, los cuentos y el teatro de Chéjov, varios Penguin que me había ido regalando mi abuela en cada cumpleaños, como *Gulliver's Travels*, *Alice in Wonderland*, incluso algunos que todavía no había leído, como los cuentos de Hawthorne, y otros que no me gustaban tanto, pero que eran míos.

Salí con Irene a la puerta de servicio. Algún vecino que todavía tenía pilas había encendido la radio a todo volumen. La voz del locutor se amplificaba por el tirabuzón de la escalera hacia los distintos pisos, como dentro de un caracol gigante. Nos fuimos juntando para escuchar. Se anunciaba que había habido muchos muertos y heridos. Se prohibía salir a la calle. Dos días estuvo la Capital sitiada, después las líneas de la Provincia se infiltraron.